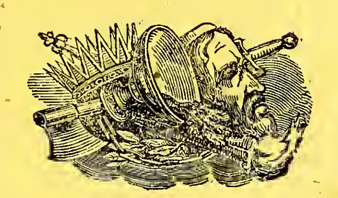
EL TEATRO.

COLECCION

DE OBRAS DRAMATICAS Y LIRICAS.

MENTIRAS DULCES,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO.



MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, N. 9.
1859.

PUNTOS DE VENTA.

Madrid: ***librería de Cuesta, calle de Carretas, n. 9.***

PROVINCIAS.

Albacete.	Perez.	*Motril.*	Ballesteros.
Alcoy.	V. de Martí é hijos.	*Manzanares.*	Acebedo.
Algeciras.	Almenara.	*Mondoñedo.*	Delgado.
Alicante.	Ibarra.	*Orense.*	Robles.
Almeria.	Alvarez.	*Oviedo.*	Palacio.
Aranjuez.	Prado.	*Osuna.*	Montero.
Avila.	Rico.	*Palencia.*	Gutierrez é hijos.
Badajoz	Orduña.	*Palma.*	Gelabert.
Barcelona.	Viuda de Mayol.	*Pamplona.*	Barrena.
Bilbao.	Astuy.	*Palma del Rio.*	Gamero.
Burgos.	Hervias.	*Pontevedra.*	Cubeiro.
Cáceres.	Valiente.	*Puerto de Santa Maria.*	Valderrama.
Cádiz.	V. de Moraleda.	*Puerto-Rico.*	Marquez.
Castrourdiales.	Saenz Falceto.	*Reus.*	Prins.
Córdoba.	Lozano.	*Ronda.*	Gutierrez.
Cuenca.	Mariana.	*Sanlucar.*	Esper.
Castellon.	Gutierrez.	*S. Fernando.*	Meneses.
Ciudad-Real.	Arellano.	*Sta. Cruz de Tenerife.*	Ramirez.
Coruña.	García Alvarez.	*Santander.*	Laparte.
Cartagena.	Muñoz Garcia.	*Santiago.*	Escribano.
Chiclana.	Sanchez.	*Soria.*	Rioja.
Ecija.	Garcia.	*Segovia.*	Alonso.
Figueras.	Conte Lacoste.	*S. Sebastian.*	Garralda.
Gerona.	Dorca.	*Sevilla.*	Alvarez y Comp.
Gijon.	Sanz Crespo.	*Salamanca.*	Huebra.
Granada.	Zamora.	*Segorbe.*	Clavel.
Guadalajara.	Oñana.	*Tarragona.*	Aymat.
Habana.	CharlainyFernz.	*Toro.*	Tejedor.
Haro.	Quintana.	*Toledo.*	Hernandez.
Huelva.	Osorno.	*Teruel.*	Castillo.
Huesca.	Guillen.	*Tuy.*	Martz. de la Cruz.
Jaen.	Idalgo.	*Talavera.*	Castro.
Jerez.	Bueno.	*Valencia.*	Moles.
Leon.	Viuda de Miñon.	*Valladolid.*	Hernainz.
Lérida.	Zara y Suarez.	*Vitoria.*	Galindo.
Lugo.	Pujol y Masia.	*Villanueva y Geltrú.*	Magin Beltran y compañia.
Lorca.	Delgado.	*Ubeda.*	Treviño.
Logroño.	Verdejo.	*Zamora.*	Calamita.
Loja.	Cano.	*Zaragoza.*	V. Andrés.
Málaga.	Cañavate.		
Mataró.	Abadal.		
Murcia.	Hermanos de Andrion.		



MENTIRAS DULCES.

MENTIRAS DULCES,

COMEDIA

ORIGINAL EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

POR

D. LUIS DE EGUILAZ.

Estrenada en el teatro del Príncipe, á beneficio de la primera actriz Doña Josefa Palma, el 2 de Abril de 1859.

MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9.

1859.

A CARLOS DE PRAVIA.

Cuando se representó mi comedia VERDADES AMARGAS nuestro eminente crítico D. Eugenio de Ochoa, que no contento con hacerla poner en escena, abriéndome un porvenir, quiso examinarla en uno de sus excelentes artículos, me profetizó que algun dia escribiria MENTIRAS DULCES. ¿Pensaba el célebre literato en el hombre, ó se referia al escritor? ¿Juzgaba que aquella comedia me sacaria de la atmósfera de amargura en que habia sido escrita, ó bien que yo llegaria á comprender que la literatura no debe ser el puñal que abre la herida, sino el bálsamo que la cierra?

Entre VERDADES AMARGAS y MENTIRAS DULCES median seis años de experiencia, seis años de trabajo y de lucha, en que he pa-

sado de niño á jóven, de jóven á... Iba á decir á viejo; pero temo que te rias, por mas que yo sepa que digo una verdad. ¿Habré visto en ese tiempo que aquel mundo terrible, lleno de mezquinas ambiciones, de miserables envidias y de todo género de pasiones repugnantes, que yo adivinaba y al que con el atrevimiento de un niño soñé combatir de frente, era este mundo en que vivimos? Puede ser. ¿Habré comprendido que mas que á combatir en vano y con fuerzas desiguales, debia dedicar mi pluma á presentar el lado bueno de ese mundo, la familia, la verdad santa, el último consuelo? Puede que si. Acaso por eso Hortensia es una mujer honrada en medio de sus extravios de coqueta, no una TRAVIATA de las que despues de haberse comido la fortuna de un viejo vicioso, se REGENERAN por el amor de un jóven DELICADO, que recoge las sobras del banquete de su antecesor: acaso por eso César no es un ético de los que la literatura GALO-TÍSICA ha puesto de moda, gastado por el vicio y por los desórdenes, sino un calavera que ha equivocado el camino que conduce á la felicidad. Esto no será muy francés; pero en cambio es muy español.

Esta comedia concluye diciendo que hay venturas que gozar, que hay verdades que creer.

Cárlos, por malo que el mundo sea, hay muchas, y una de ellas es la amistad. Si otra prueba no tuviera, me bastaria el mútuo afecto que desde tanto tiempo há nos une. Acepta esta comedia, no por lo que vale, sino como una ofrenda del fraternal cariño que te profesa

LUIS DE EGUILAZ.

Habiendo examinado esta comedia, no hallo inconveniente alguno en que se autorice su representacion.

Madrid 1.° de Marzo de 1859.

El Censor de Teatros,

ANTONIO FERRER DEL RIO.

ERRATAS NOTABLES.

Pág.	*Lín.*	*Dice.*	*Léase.*
22	14	estos	este
39	7	infandada	infundado
42	26	no tradiciones	no hay tradiciones.
49	39	que siento	que yo siento.
53	24	¿Y por que no? ¡A lo teatro!	¿Por qué no? ¡A lo de teatro!
72	28	calma	alma.

PERSONAS.	ACTORES.
HORTENSIA	Doña Josefa Palma.
CÁRMEN	Doña Angela Segarra.
PEPA	Doña Adelaida Zapatero.
CÉSAR	D. José Valero.
LUIS	D. José Olona.
D. DIEGO	D. Antonio Pizarroso.
MORALES	D. Fernando Ossorio.

Madrid, 1859.

El papel de Cármen fué expresamente escrito para mi buena amiga la malograda artista Doña Emilia Moscoso de Valero. Cuando se disponia á asistir al primer ensayo fué acometida de la terrible enfermedad que pocos dias despues la llevó á la tumba, de suerte que lo último que en este mundo hizo fué ocuparse de esta comedia, á cuyo estudio se habia dedicado con entusiasmo. Creeria faltar á un deber si no consagrase estos renglones á la memoria de mi pobre amiga: *el telon que la separa de este mundo* nunca mas se descorrerá. En cambio vive en un mundo en donde *no se hacen comedias.*

ACTO PRIMERO.

Gabinete de señora. Dos puertas al foro: la de la derecha comunica con una pieza de recibo; la de la izquierda sirve de paso á las habitaciones interiores; balcon á la derecha con vista al jardin, y puerta á la izquierda. Las paredes estan cubiertas de telas de seda blanca; alfombra del mismo color: los muebles y el cortinaje azul y oro; lámpara de flores en el centro, y óvalos del mismo género sobre las puertas; jardineras doradas en los ángulos con macetas de camelias, etc. A la derecha en primer término, sobre una alfombrita de hule, un caballete con un lienzo grande, cuyo respaldo dá al publico: entre el caballete y el balcon un veladorcito, en el que está la caja de colores, etc. A la izquierda y en segundo término un espejo de vestir, y delante de él una butaca y un taburete ó alza-piés muy bajo: entre la butaca y la puerta de la izquierda un pedestal blanco y oro, y sobre él un jarron de flores: parte del espejo está cubierto por una cortina de terciopelo grana plegada artísticamente y descansando sobre el pedestal.

Hortensia aparece sentada en la butaca de la izquierda y Cármen á sus piés, en actitud de estar componiendo un ramo, de flores que tiene sobre la falda y en el suelo. Luis delante del caballete y observando el grupo de la izquierda, que figura estar trasladando al lienzo. Hortensia y Cármen visten trajes caprichosos.

ESCENA PRIMERA.

HORTENSIA, CÁRMEN, LUIS.

LUIS. ¡Quietecitas!
CAR. ¿Mas aun? (Con ingenuidad.)

LUIS. Un instante y he acabado.
CAR. ¿Peró no he de ver?... (Por el cuadro.)
HORT. No.
(Con gravedad cómica.)
CAR. Bueno.
(Con sumision infantil.)
¿Me hace favor? (Muy bajo á Hortensia.)
HORT. ¡Pist!..
CAR. Fajardo,
yo me estaré quieta; mas
mire usted que el trato es trato.
Yo quiero ser *yo*. ¿Está usted?
Mejorarme... ¡ni pensarlo!
Soy fea... pintarme fea:
soy linda... (Bajando los ojos.)
HORT. No haga usted caso.
CAR. Sí, sí. Tal como yo soy,
tal quiero ver mi retrato.
LUIS. Eso, usted dispensará (Con galanteria.)
que no me atreva á intentarlo.
CAR. ¿Cómo?
LUIS. Yo ángeles no pinto; (Sonriéndose.)
yo no me llamo Madrazo.
CAR. ¡Vaya!... (Ruborizándose.)
HORT. Já, já.
CAR. No te rias.
No me mire usted. (A Luis.)
LUIS. Yo... (Riéndose.)
CAR. ¡Vamos!..
Ya me he puesto colorada.
HORT. Ea, siga usted pintando.
Eres lo mas lugareña... (Muy bajo á Cármen.)
CAR. Pero si...
HORT. Calla.—Fajardo,
por si es que al pié de la letra
la peticion ha tomado
de Cármen, advierto á usted
que yo quiero lo contrario.
Tráteme usted como amiga,
mienta el pincel sin reparo,
que un retrato que no miente
es un jilguero sin canto,

es una flor sin perfume,
un «*eres fea,*» pintado.

LUIS. ¡Hortensia!

HORT. Para verdades
basta el espejo. ¡Dios santo!
¡Qué cosas me dice el pícaro!
No le imite usted. ¡Cuidado!

LUIS. Si yo pudiera...

HORT. No, no. (Con viveza.)
Mire usted. Cuando hace un rato
nos impuso usted silencio,
estaba aqui batallando
con una idea... ¡qué idea!
Por fortuna ya ha pasado.
Me decia yo: si un dia,
cual sucedió á mas de cuatro,
encuentro en el mundo un loco,
me vuelvo loca y me caso
por vez segunda,—protesto
que la idea me ha aterrado;—
por segunda vez, y tengo
un hijo, y el tiempo andando,
se me casa, y tiene otro,
y me muero, y mi retrato
colocan en el salon,
y al chiquillo condenado
en un dia en que reciban,
se le antoja examinarlo,
y al fin pregunta. «Papá,
¿quién es ese mamarracho?»
¡Oh, sea usted buen amigo, (Rapidez.)
mienta el pincel sin reparo;
no quiero parecer fea,
ni á mi nieto imaginario!

LUIS. ¡Señora!

CAR. ¡Si es su mania!

HORT. Hija, el espejo malvado
me la inspira. No hay mañana
que no diga al consultarlo:
«hoy tienes un dia mas.»
Echo mano al Calendario
y me encuentro en él: trescientos

y sesenta y cinco, un año.

ESCENA II.

HORTENSIA, CÁRMEN, LUIS.—D. DIEGO y MORALES. Este se queda en el dientel de la puerta derecha del foro.

DIEGO. Sesenta y seis si es bisiesto. (Riendo.)
HORT. ¡Tio!
DIEGO. Quietos. Siga el cuadro.
¡Cuánta flor! ¡Qué lindos trajes!
¿Don Luis?... (Saludándole.)
LUIS. Beso á usted la mano.
DIEGO. Le envidio á usted: ¡la pintura!
¡La belleza! Muy bien. ¡Bravo!
(Viendo el cuadro.)
¡Promete!
(A Cármen por lo bajo con entusiasmo.)
CAR. Señor... (Bajando los ojos.)
DIEGO. Promete.
Quiérelo.
(Bajándose y diciéndoselo á Cármen al oido.)
CAR. ¿Yo?... (Muy ruborizada.)
DIEGO. (Alto.) Conque estamos
asi... tan desprevenidas.
¡Ya! No sospechais que os traigo
una noticia... (Con cierto misterio y muy alegre.)
HORT. ¿Noticia?
(Levantándose rápidamente.)
DIEGO. Curiosidad, dijo un sabio,
tu nombre es mujer. (Con gravedad cómica.)
HORT. ¿Mas, tio?...
DIEGO. ¿Quién piensas tú que ha llegado
á Madrid há media hora?
HORT. No sé.
DIEGO. Nada, ve pensando.
HORT. Pero tiene usté unas cosas...
DIEGO. El *Trafalgar* está anclado
en Valencia.
(Despues de prepararse y dando mucha importancia á lo que vá á decir.)
HORT. ¿Y qué?

DIEGO. ¿No sabes
á quien se le dió su mando?

CAR. Tio, Hortensia no es ministro
de Marina.

HORT ¡Ah, si, ya caigo!
César. (Radiante de alegria.)

DIEGO. ¡César! (Id.)

HORT. ¡Ha venido!

DIEGO. Y mientras se está arreglando
ahí en las Peninsulares
para pareceros guapo,
ha enviado á que me avise
su llegada este muchacho. (Señala á Morales)

MOR. Servidor de usencia y (Sin moverse.)
de la gente de su agrado.

HORT. ¿Y va á venir?

MOR. Al momento.
Ahora se está carenando
con pomada.—Si, señora. (Al ver que se rien.)
Me dijo... dice... en un salto,
Morales, vé, corre y diles
de cómo y cuándo he llegado.
Con otras cosas muy finas
que se me han ido olvidando.

HORT. Pues mira, Carmela, anda.
Es fuerza que nos vistamos.

DIEGO. ¿Aun mas emperejiladas?

HORT. Menos. Si para el retrato
nos vestimos. ¡Ay! si César
nos vé asi... ¡Dios nos dé amparo!
Él tan burlon .. Nada; un traje
de mañana... El tuyo... blanco, (A Cármen.)
sencillito. Conque... adios.
Dispense el pintor. ¡Oh, bravo,
divino!
(Hasta ahora no ha visto el cuadro.)

CAR. A ver. Puedo ahora...
(A Luis con infantil coqueteria.)

HORT. Le prepararán un cuarto.
Se vendrá aqui. (A D. Diego.)

DIEGO. Pues no!

LUIS. (¡Cármen!

(Con pasion: rápidamente.)

CAR. Te quiero.)

(Muy por lo bajo á Luis y con abandono.)

LUIS. No está acabado.

(Alto como para disimular.)

(Dime. ¿Ese recien venido?...

CARM. ¡Qué fastidio! Va á estorbarnos.

LUIS. Que miran.)

HORT. ¿No nos vestimos?

CARM. Si, si. Beso á usted la mano. (A Luis.)

LUIS. Señorita...

HORT. No olvidarse (A Luis.)
que á la una y media almorzamos.
Conque adios. (Vánse.)

DIEGO. Ponerse guapas.

MOR. (¡Jesus, y qué par de barcos!)

LUIS. ¿General?... (Saludando.)

DIEGO. ¿Se va el artista?

LUIS. Para volver.

DIEGO. Que aguardamos.

LUIS. Pues hasta luego. (Váse.)

DIEGO. Hasta luego.
¡Eh! ven acá tú, muchacho. (Sentándose.)

ESCENA III.

D. DIEGO, MORALES.

MOR. ¿Mi general? (Acercándose.)

DIEGO. Conque dime:
¿tú sirves á César?

MOR. Ando (Siempre muy grave.)
con su merced de conserva
hace lo menos tres años.

DIEGO. De suerte que tú sabrás
toda su vida y milagros.

MOR. ¡Vaya!

DIEGO. ¿Y aquella cabeza
—nada ocultes—ha sentado?

MOR. ¿La cabeza?

DIEGO. ¡Vamos! Habla.
Él es hijo de mi hermano;

le he visto nacer, formarse,
y le he dormido en mis brazos.
Ya ves si sabré su historia
y si habrá en su pecho arcanos
para mí. Cuéntame, cuenta.
¡Siempre tan noble! ¡Tan bravo!

MOR. ¡Qué! si se come la mar.
Y luego es tan campechano...
por la mala un tiburon;
pero por la buena un barbo.

DIEGO. ¡Como siempre! y dime, dime,
que de esto tú sabrás algo.
Con las mujeres ¿qué tal?
¿sigue tan loco? Habla claro.

MOR. ¡Conque su mercé era alegre!
Pues mire ucencia. Es el caso
que cuando tuvo el honor
de que yo fuera á su barco,
era igual. Llegar á un puerto
y empezar el safarrancho
de cartas con mucho olor
y otras cosas que me callo,
todo era uno. En Manila
le llamaban «el pecado.»
¡Si es mucho hombre! Hoy da fondo
y mañana suelta el trapo;
apenas ve una falúa
ya lo ve usté caza dando.
Dice usté «á esa embarcacion
está ya el hombre amarrado...»
y... ¡cá, no! vira en redondo,
rizos coge y queda al pairo.

DIEGO. ¡Qué cabeza! ¡El mismo siempre!

MOR. Diré á usencia. Asi era el amo
cuando yo entré á su servicio.

DIEGO. Ya! despues ha cambiado:
ya yo lo decia. ¡El tiempo!
él sentará con los años.

MOR. Mire vuesencia. Sentar...
sentar, sentar, que digamos,
no sentó; pero ha seis meses
que está el hombre muy sentado.

DIEGO. ¿Mucho?
MOR. Salió de Manila
por setiembre... llegó en marzo...
no hicimos escala; y como
no hay mujeres en el barco...
DIEGO. Tan bueno eres tú como él.
MOR. ¡Yo! no señor.
DIEGO. De tal amo... (Riendo.)
MOR. ¡Quite usté allá! ¡No señor!
¡Vaya usencia preguntando
en Fernando Poo, en Corisco,
en Annobon, en el Cabo,
en el Congo y en Haiti,
—donde quiera que no hay blancos—
si hay una negra que diga
que Morales le ha faltado!

ESCENA IV.

D. DIEGO, MORALES.—PEPA, CÉSAR.

PEPA. Señorito, por aqui. (Dentro.)
CÉSAR. ¡Buena alhaja!
(Tomándole la cara á Pepa, que le deja el paso.)
DIEGO. ¡César! (Corriendo á su encuentro.)
CÉSAR. ¡Tio! (Se abrazan.)
DIEGO. ¡Gracias á Dios, hijo mio!
MOR. ¡Salero!...
(A Pepa, que está cerca de él, muy por lo bajo y sin moverse.)
CÉSAR. ¡Otra vez!
DIEGO. Si, si. (Vuelven á abrazarse.)
MOR. No oye usté? (Cubriéndose la boca con la mano.)
PEPA. Soy sorda.
MOR. ¡Ya!
(Moralillos, no te atraques.)
CÉSAR. ¡Usté el mismo! ¡Sin achaques!
DIEGO. Qué achaques ni que... ¡Bah, bah!
¡Mas mozo que tú! mas fuerte
y mas ágil cada dia.
CÉSAR. ¡Soberbio!
DIEGO. ¡Si á mi alegria

le tiene miedo la muerte!

CÉSAR. ¿Y mi prima?

DIEGO. No lo sé.

Ya aqui debiera de estar.

DIEGO. ¿Cómo?

MOR. Se ha ido á empavesar para recibir á usté.

CÉSAR. ¿Qué haces tú aqui? (Volviéndose y con enfado.)

MOR. ¡Yo! (Muy cortado.)

CÉSAR. Si.

MOR. Yo... (Id.)

DIEGO. Mi curiosidad ansiosa (Disculpándole.) le detuvo.

CÉSAR. ¡Cada cosa que habrá dicho!...

MOR. ¿Quién, yo? No. .
Su merced me marcó el norte,
y no lo tuerce un marino.
Todo lo he hablado á lo fino.
(Con mucha gravedad, y esforzándose por pronunciar bien.)
Ya sé que estoy en la córte.

DIEGO. Mira: vé á la fonda.

MOR. Si.

DIEGO. Trae el equipaje...

CÉSAR. Pero... (Como rehusando.)

DIEGO. Calla tú.

CÉSAR. Bien.

MOR. Voy. (Salero.) (A Pepa.)

DIEGO. Pepa, díles que está aqui.

MOR. (Quién se volviera cenefa
de ese vestido, chiquilla.
¡Ay Pepilla!

PEPA. ¡A mí Pepilla! (Muy indignada.)

MOR. Señora doña Josefa.) (Saludándola. Váse. Leve pausa.)

ESCENA X.

D. DIEGO, CÉSAR.—HORTENSIA, que sale por la puerta izquierda.

HORT. ¡Primo! (Corriendo hácia él.)
CÉSAR. ¡Hortensia!
(Conteniéndose al ver á D. Diego.)
DIEGO. ¿Asi tan fresco
te estás brazo sobre brazo?
¡Qué demonios! ¡Un abrazo!
¡Lo autoriza el parentesco!
CÉSAR. Si permites...
(A Hortensia abriendo los brazos.)
DIEGO. (A Hortensia.) No lo pares,
que va en alas del cariño.
HORT. (Con candor picaresco.)
¡Pararlo! Si cuando niño
me los daba siempre á pares.
CÉSAR. ¡Prima! (Se abrazan.)
DIEGO. ¡Asi! Sin petulancia.
HORT. ¿Otro? Basta de arrebatos.
DIEGO. Basta, César.
CÉSAR. (Afectando inocencia.)
Son tan gratos
los recuerdos de la infancia.
DIEGO. Pícaro...—Conque ea, ya
lo tienes aqui.
CÉSAR. ¿Y tan buena?
HORT. Tan sin nervios, y tan llena
de gozo con verte.
DIEGO. (Frotándose las manos.) ¡Ajá!
Conque yo os dejo. Me espera
la junta... Vuelvo al momento.
CÉSAR. ¿Qué junta?
DIEGO. La de armamento.
La cuestion de cartuchera
nos trae ya á mal traer,
que todo el mundo se atranca
en si ha de ser negra ó blanca.
HORT. Ya lo creo. (Sonriéndose.)

DIEGO. Hombre, á ver
si tú, que ya habrás sentado
y serás masa dispuesta,
logras convertirme á esta.
¡Es la misma! No ha cambiado.
Tú que en la cubierta, á solas,
del mar en la inmensidad
habrás visto la verdad
flotando sobre las olas;
tú, que al verte tan aislado
lejos del mundo, de fijo
por una esposa y un hijo
cien veces has suspirado...
házle á esta loca entender,
si es que te quiere escuchar,
que hay cariños que gozar,
que hay verdades que creer.
—Ea, adios.

HORT. (Sonriéndose.) Adios.

DIEGO. (Id.) Adios.
Vaya otro apreton de manos.

CÉSAR. Adios, pues.

DIEGO. (¡De mis hermanos
son dos retratos los dos!)
(Los contempla embebecido y se vá. Hortensia y César se sientan, y despues de una leve pausa dice César la célebre frase con que empieza la escena, con mucho desenfado y soltura.)

ESCENA VI.

HORTENSIA, CÉSAR.

CÉSAR. *Deciamos ayer...*

HORT. ¡Ah!...
César, te haces ilusiones.
Eso que un ayer supones,
son diez años. (Con gravedad cómica.)

CÉSAR. ¡Qué mas dá!
Si por tí juzgo de mí
nada el tiempo nos acosa:
tú estás, prima, tan hermosa

como el dia en que partí.
Yo me miro en ese espejo
sin tornar la vista atrás.
Si tú mas jóven estás,
¿por qué he de estar yo mas viejo?
Mármoles somos los dos
de la edad á las ofensas.

HORT. Primo, primo, ¿con quién piensas
que estás hablando? ¡Por Dios!
Esa lisonja es tan vana,
que por sí se contradice.
¿A qué niña se le dice:
«¡Qué niña está usted, fulana!»
¿Cómo en el olvido dejas
cosas de tal magnitud?
Cumplidos de juventud
solo se hacen á las viejas.

CÉSAR. ¡Prima!

HORT. Deja frases vanas
ó el labio embustero sella.
Ya he mandado á mi doncella
que no me arranque las canas.
¿Y sabes por qué razon
tenerlas aqui prefiero?
¡Ay, primo! porque no quiero (*Con tono trágico*)
parecerme... á la ocasion.

CÉSAR. Exageracion.

HORT. Verdades.
Y otro síntoma me altera.
¡Voy creyendo ya grosera
la conversacion de edades!
Deja, primo, elogios vanos,
que aqui estamos sin testigos.
Tratémonos como amigos:
tratémonos como hermanos.
Sé franco, porque asi crezcan
los afectos que me inspiras.
Yo detesto las mentiras,
por mas dulces que parezcan.

CÉSAR. Y yo. (*Con franqueza.*)

HORT. Pues franqueza.

CÉSAR. Si.

Ya las lisonjas suprimo.

HORT. Bien.—¿Cómo me encuentras, primo?

CÉSAR. ¿Qué te parezco yo á tí?

(Despues de un momento.)

HORT. ¿La verdad? (Con malicia.)

CÉSAR. Seca.

HORT. Tú antes. (Rápido.)

CÉSAR. No.

HORT. Tú.

CÉSAR. ¿Yo he de comenzar?...

HORT. César, tú temes hablar.
Hay síntomas alarmantes.

CÉSAR. No, no, prima; mas...

HORT. ¿Qué escucho?
Ya vas á mentir, no hay duda.

CÉSAR. ¿Quieres la verdad desnuda?
(Despues de mirar á todas partes.)
Pues, hija, has perdido mucho.

HORT. ¿De veras?
(Muy sobresaltada y despues conteniéndose y esforzándose por reir.)

CÉSAR. No oculto nada,
puesto que asi lo has querido.
No te hubiera conocido.
Estás muy desmejorada.
(Repite Hortensia el mismo juego.)

HORT. Pues entonces, ¿cómo entiendes
que siga perenne encima
de mi trono?

CÉSAR. ¡Ay, prima, prima!... (Trágico.)
Ya no atacas, te defiendes.
Serás reina de la moda;
verás á tus piés rendidos
los hombres mas escogidos
que encierra la España toda;
mentiránte una pasion
por vanidad, pues aun eres
soberana; las mujeres
te odiarán por... tradicion;
pero ese aplauso de un dia
dado á quien ya canas peina,
no es, prima, amor á la reina,

es culto á la monarquia.
HORT. Bien. Asi te quiero oir. (Espansiva.)
CÉSAR. Ahora... me toca escuchar. (Receloso.)
HORT. César... vuélvete á la mar. (Trágica.)
CÉSAR. Já, já, já. ¿Conque es decir
que me das por jubilado?
HORT. Perteneces á la historia.
No eres, y ya la memoria
de que *fuiste* se ha borrado.
No te hagas, primo, ilusiones,
que planta exótica aqui,
nada, nada queda en tí
de aquel rey de los salones.
Yo al menos, segun lo entiendes,
aunque otra cosa pretendo,
si no ataco, me defiendo.
Tú, primo, ni aun te defiendes.
César, vuélvete á la mar.
Vé del mundo á algun extremo:
vienes tan otro, que temo
que te vas á enamorar.
CÉSAR. ¡Yo!!
HORT. ¡Tú!
CÉSAR. Deja que rechace (Rápido.)
esa injuria inmerecida.
HORT. La novela de tu vida
toca ya á su desenlace:
y hay para este datos fijos
que en mil se estereotiparon.
«Se quisieron, se casaron (Riéndose.)
y tuvieron muchos hijos.»
CÉSAR. Calla, calla. Tú, mania
en la ausencia me tomaste.
Ya no hay duda, te tornaste
oculta enemiga mia.
Sé que se fugó mi abril;
que estoy poco seductor.
¿Mas creerá en un amor
quién inventó mas de mil?
—Cuando huye el sueño de un niño
—asi vas á comprenderme—
con una cancion lo aduerme

dulce el maternal cariño.
No por mí con penas andes,
que de hombre es mi corazon,
y amor es una cancion
para adormir niños grandes.

HORT. ¡Si te oyera el tio!

CÉSAR. ¿Qué?
¿Sigue el mismo?

HORT. Si lo siente.
Nuestro tio es un creyente
de lo que ya no se vé.

CÉSAR. De lo que dijo al salir
deduzco cuál es su empeño.

HORT. ¡Y cómo! Si ahora es su sueño
que yo me he de convertir.

CÉSAR. ¡Qué excelente!

HORT. ¡Es mucho tio!
Siempre con: «Hija querida,
tú estás pasando la vida
con el corazon vacío.
Pisando alfombra de amores
nada sabes de su ardor.
Bájate y coge una flor
en esa senda de flores.»
Pero tio... «Nada, nada;
ríete, Hortensia, de mí,
mas sin llevar nada aqui
tú estás siendo desdichada.
¿Qué dice á tu corazon
el vano incienso de amores
de esos cien aduladores,
muebles de todo salon?»
—No puede, no, comprender
que esa sándia algarabia
es la mas dulce armonia
que oir sueña la mujer.
¡Penetrar en un salon; (Con entusiasmo creciente.
henchir el pecho de orgullo
oyendo el sordo murmullo
de insensata admiracion;
deslumbrar á tantos seres;
sentir que absortos nos miran;

ver que los hombres admiran
y que envidian las mujeres;
y entre aquel aire impregnado
de contrarias sensaciones,
(Entusiasmo creciente.)
quemar tantos corazones
conservando el mio helado;
saturar la vanidad
con ovacion tan cumplida...
¡esa, César, es la vida!
¡esa es la felicidad!

CÉSAR. (Con el mismo entusiasmo que concluye Hortensia.)
Si, si, si. Ver una flor
que aun no heló ningun invierno
y abrir su pétalo tierno (Suave.)
al primer soplo de amor;
llegar á una hermosa fiera,
avara de su fragancia,
y derrocar su arrogancia
y humilde hacerla altanera;
hallar dos tiernos amantes,
que lo que no amaron lloran,
que se quieren, que se adoran,
que estan de amor delirantes,
y ábrir el labio indiscreto
lanzando una frase bella,
y sentir luego que ella
de su amor muda el objeto;
salir ileso á la orilla,
siguiendo siempre el reclamo,
y lanzar un «yo te amo»
que sonroja una mejilla
de emocion y de placer,
teniendo en todo momento (Mucho fuego.)
por atmósfera el aliento
perfumado de mujer;
recorrer la tierra entera,
loco mintiendo y gozando,
dulces recuerdos dejando
de su paso por dó quiera;
abrazar la nieve humana
de Albion orgullo y belleza;

rendir la altiva fiereza
de una leona africana;
ver que la inhumana es pia
de amor ante los hechizos;
¡cobrar tributo de rizos
al Norte y al Mediodia!...
y de tanto amor reir,
y no tener que olvidar...
¡esto es la vida gozar!
¡esto se llama vivir!

HORT. ¡La mano!

CÉSAR. ¡Ah!... ¿De tu error
vuelves al fin?

HORT. Lo confieso;
¡te reconozco! (Gravedad cómica.)

CÉSAR. Tras de eso
te perdono. (Id.)

HORT. Del amor,
de esa encantada mentira,
en que ninguno creemos,
cual antes nos reiremos.
¿No es verdad?

CÉSAR. Hortensia, mira.
Tú dijiste la verdad
al juzgarme *algo* cambiado;
y es que yo diga excusado
si hablé con sinceridad.
Hace mucho exclamé aqui,
—recordarásIo si quieres,—
«guerra á todas las mujeres...
menos á Hortensia.» ¿Es asi?
Porque para mí,—y no es vana
lisonja, que no sé hacer,—
tú no eres una mujer,
sino mi amiga, mi hermana.
Tú en cambio dijiste: «guerra
á todos los hombres, menos
á César.» De arrojo llenos
corto campo fué la tierra
para la arrogancia mia,
que aun hinche este pecho ahora,
y para tu encantadora

y helada coqueteria.
Como en el bando enemigo
te tenia, cuando hallaba
obstáculos te buscaba,
y siempre buena conmigo
me auxiliabas cuanto es dable
mostrándome sin enfado
de aquel castillo sitiado
la parte mas vulnerable.
Yo creo que te pagué (Sencillez.)
mas de una vez tus servicios,
con otros. Ambos novicios,
pero llenos de igual fé,
pronto no necesitamos
el mútuo auxilio, y no obstante
el pacto siguió adelante
y siempre nos lo prestamos.
Ahora, que solo reflejos
somos de un sol esplendente,
y cual dicen vulgarmente
lo que á los músicos viejos
nos queda, ¿no se te alcanza,
ya que te lo hago notar,
lo útil de ratificar
aquella duple alianza?

HORT. Mira, César. Niña aun
á mi pesar me casaron.
Muy pocas enviudaron
tan jóvenes; y segun
el general testimonio,
debí abrir á amor mi pecho;
mas ya odiar me habian hecho
el amor y el matrimonio.
Bullian de mí en redor
cien con amoroso dolo;
de entre todos, uno solo
no me habló nunca de amor.
No sé si te lo diria,
mas si no ya te lo digo,
por eso fuiste mi amigo,
de ahí nació mi simpatia. (Mucha soltura.)
Tu mano y toma mi mano.

Nada hay que pactar aquí.
Cuanto tú quieras de mí:
somos hermana y hermano.

CÉSAR. Perdona. Una condicion.
(Rehusando tomar la mano que Hortensia le alarga.)

HORT. ¿Aun las pones?

CÉSAR. Y es sencillo.
Has tomado un airecillo
así... tan de proteccion,
que, la verdad, me has picado.

HORT. ¿Y eso á no aceptar te mueve?

CÉSAR. Aceptaré... cuando pruebe
que no vuelvo tan cambiado.
(Con mucha intencion.)

ESCENA VII.

HORTENSIA, CÉSAR.—CÁRMEN.

HORT. ¡Oh! (Riéndose.)

CÉSAR. ¡Qué linda! ¿Señorita?... (Al ver á Cármen.)

CAR. ¿Don César?...

CÉSAR. Pero esta cara...

HORT. ¿No la conoces? Repara.

CÉSAR. Perdon.—¡Vaya si es bonita!—
Digo la verdad, y arrostro
la vergüenza no cayendo;
no caigo, aunque no comprendo
cómo se olvide ese rostro.

CAR. (¡Ay!) (Tímida.)

HORT. Si es Cármen, la sobrina
de mi marido, que á mí
la encomendó.

CÉSAR. ¡Si, si, si!
¡ya caigo! La chiquitina.
Hija, si era usted...
(Bajando la mano y señalando.)
Una hora
la miro y mil se me ofrecen
antes... ¡Jesus! lo que crecen
estas muchachas de ahora!
—Hija, dispénseme usté,

soy un torpe, lo confieso.
Le he dado á usté tanto beso,
que pensaba... Ya se vé.
Como no es menor jamás
la distancia á que nos vemos,
los viejos siempre creemos
que son niños los demas.
—Jesus... si...

HORT. Déjate de eso.

CÉSAR. ¿Por qué?

HORT. ¿No lo ves? Por nada.
Ya la has puesto colorada.

CÉSAR. ¿Yo?

CAR. No, no. (Rapidez.)

HORT. Por lo del beso.

CÉSAR. Me hace usted viejo.

HORT. ¿Y ahora?
¿Conoces que habrás cambiado?

CÉSAR. Escucha, ¿y tú te has parado?

HORT. ¡Bien!...

CÉSAR. Está usté encantadora.

CAR. Favor... (¡Dios mio!) Y usté,
César, qué poco ha cambiado.

CÉSAR. ¿Si?

CAR. Nada.

CÉSAR. ¿Lo has escuchado?
¡Anda! Contéstame.

HORT. ¿Qué? (Riendo.)
¿Se olvidan del mundo lejos,
cosas de tal magnitud?
«Cumplidos de juventud...»

CÉSAR. Si, suprime lo de viejos. (Rapidez.)

CAR. ¿Conque otra vez por aqui
despues de haber recorrido
el mundo? ¡Habrá usté aprendido
tantas cosas!

HORT. Muchas, si. (Con intencion.)

CAR. ¿Pero buenas? (Con malicia.)

CÉSAR. (¡Hechicera!)
Pues puede usted figurarse...

CAR. Es que... es que antes de embarcarse
(Bajando los ojos.)

era usté... algo calavera.

CÉSAR. ¡Yo! (Con hipocresia.)

CAR. Si me acuerdo, si, si.

HORT. Pues vuelve como se fué.

CÉSAR. No, no, no lo crea usté.
¡Si he cambiado! ¿No es asi? (A Hortensia.)

ESCENA VIII.

DICHOS, LUIS.

CAR. ¡Ah!
(Movimiento leve de cabeza hácia el foro. La exclamacion se le escapa á su pesar al sentir los pasos de Luis.)

CÉSAR. ¿Qué?
(Va hácia ella; vé á Luis, y dice con socarroneria.)
(¡Ya!)

HORT. Adelante.

CÉSAR. (Observándolos.) (¡Ya!)

HORT. Distancias pronto suprimo.
—D. Luis de Fajardo, primo. (Presentándoselo.)
(Se saludan.)
Mi primo César.—Está
nuestro buen amigo, á ratos,
—y no es pequeña conquista,
porque es un cumplido artista—
haciendo nuestros retratos.

LUIS. Señora...

CÉSAR. (Acercándose al cuadro.)
¡Oh!

CAR. (¿Me amas?
(A Luis en tono jugueton.)

LUIS. Si.) (Esto muy rápido.)

CÉSAR. Soberbio se me figura;
aunque en verdad, de pintura
se me alcanza poco á mí;
y no soy tan arrogante
que no comprenda muy bien
cuánto ofende el parabien
en boca de un ignorante.

LUIS. ¡Oh! no. Para decidir

basta en arte, á mi entender,
tener ojos para ver,
corazon para sentir.
Muy bueno un cuadro será
si á las reglas se le ajusta,
mas si al público no gusta,
es que algo le faltará:
algo... que á muchos dá enojos,
pues rara vez se tropieza...
un algo... que es la belleza
que entra al par por alma y ojos;
que los cuadros y comedias
para el público se hacen, (Con ligereza.)
y si á estos no satisfacen,
serán buenos, pero á medias!

CÉSAR. ¡Es divino! (Por el cuadro.)

HORT. ¡Compasion! (A César.)
¡Cuál te mira! Le has flechado.
(A Cármen, advirtiendo la atencion con que César examina su retrato.)
Cuidado, Cármen, cuidado.

CAR. ¡Yo! ¡Jesus! Tan coqueton!...
¿Quién le habia de querer?

CÉSAR. ¿Cómo?

CAR. Hombre que no se ciña
á una sola...

CÉSAR. (Niña, niña...
(Mirándola de hito en hito.)
¡Que me pareces mujer!)

LUIS. Pues... (Riendo con satisfaccion.)

CÉSAR. (¡Hola!) (Al verlo reir y como picado.)

HORT. Calla. (Á Cármen.)

CAR. (Con ingenuidad.) Yo hablo
asi, porque si no hubiera
otro hombre, y á dos quisiera...

CÉSAR. (Niña, que tientas al diablo...)
Pero... pero... Dios me acuda.
Ó yo estoy mirando mal
(Volviendo á ver el retrato.)
ó aqui pintó usté un panal,
y estas son moscas.

LUIS. Sin duda.

CÉSAR. Y el panal está en tu mano. (Á Hortensia.)
¡Oh! ¡La alegoria es fiel!
«A un panal de rica miel...»(En tono de fábula.

HORT. ¡Cómo? Es verdad. (Picada.)

CÉSAR. Pues es llano.

HORT. ¡Lindo epígrama! (Á Luis, muy picada.)

LUIS. No es eso. (Muy cortado.)

CAR. (¿Por qué lo has hecho? Está mal.)

HORT. No, pues cerca del panal
(Muy ofendida y mirándolo fijamente.)
anda usted, y no está preso.

LUIS. Yo...

CAR. (¡Jesus! Como te atrevas
otra vez...)

LUIS. Fué distraccion.

CÉSAR. (Uno á uno. La ocasion (Á Hortensia.)
llegó ya de hacer las pruebas.
Niña y niño. Viejo y vie...
no lo dije.

HORT. Él me provoca.)
(Por Luis y muy pensativa.)

ESCENA IX.

DICHOS.—D. DIEGO.

DIEGO. ¿No se almuerza aqui? Hola, loca.
(Á Cármen que se separa de Luis rápidamente al oir á D. Diego y que corre á su encuentro.)

HORT. Si, tio.

DIEGO. ¡Jé, jé, jé, jé!
(Contemplando á Luis y Cármen, que procuran ocultar su pasion.)
Pues vamos, que tengo priesa.
Llama y que nos sirvan, anda. (A Hortensia)

ESCENA X.

DICHOS.—MORALES.

MOR. Doña Josefa me manda
(Despues de cuadrarse en el foro.)

á decir que está la mesa.

DIEGO. Santa palabra. Ea, allá.

CÉSAR. (Te provoca. Haz un esfuerzo.
Yo á mi vez juro...) (Á Hortensia.)

DIEGO. El almuerzo.

CÉSAR. Vamos.—Se continuará.

(Haciendo la accion de escribir en el aire y mirando á Cármen.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion del acto anterior. El caballete, alfombra de hule, lienzo y demas objetos que aparecieron en el primer acto para el retrato, han desaparecido, y su lugar lo ocupan otros muebles. Sobre el velador de la derecha hay varios periódicos ilustrados, y en otro que está á la izquierda algunos libros lujosamente encuadernados.

ESCENA PRIMERA.

MORALES, PEPA.

Pepa aparece arreglando los muebles y quitando el polvo á los libros cuidadosamente. Morales la observa desde la puerta derecha del foro levantando un poco el cortinaje. Pausa, durante la cual canta Pepa por lo bajo una cancion popular. Morales sale de repente y se dirige á Pepa resueltamente: de pronto se detiene, se descubre y saluda con socarroneria, recordando que lo rechazó.

MOR. A los piés de usted, señora. (Con sorna.)
PEPA. ¿Quién? ¡Ah!... Beso á usted la mano.
(Vuelve la cabeza, lo vé y continúa sus faenas sin hacerle caso y con cierto desprecio.)
MOR. ¡Qué lástima de manitas
que se estan estropeando!
¡Ay... ay! ¡quién fuera platero!

PEPA. ¿Para qué? (Sin volver la cabeza.)
MOR. ¿No está usté al cabo?
Para engarzarlas en plata
y colgárselas á un santo.
PEPA. ¿Cómo? (Picada.)
MOR. ¡Pues qué en esta tierra
no se usa colgar milagros
á las imágenes!
PEPA. ¡Vaya! (Frunciendo la boca.)
MOR. Oye tú, pimpollo blanco,
digo... Óigame usted, señora
doña Josefita. El garbo
de una señora completa
está en oir con agrado
á un hombre de cara blanca:
y aunque de andar navegando
me puse asi morenito,
no soy ningun guachinango,
que mi sangre es mas azul
que el añil americano,
¿estás? y aunque marinero
sin olor á mar ni á barco,
no navegué en agua dulce,
que soy marino salado.
PEPA. ¡Vaya!
MOR. ¿Se estila en la córte
no mirar al que está hablando,
salero? Míreme usted...
que no soy ningun corsario.
PEPA. ¿Qué quiere usted? (Volviéndose rápidamente.)
MOR. ¡Yo!... (Morales,
que te vas á pique.)
PEPA. ¡Vamos!
MOR. Aqui donde usted me vé
—míreme usted con despacio.—
¿Usted no ha estado en Haiti, (De pronto.)
no es verdad?
PEPA. ¿Dónde? (Como no entendiendo.)
MOR. (Con satisfaccion.) No ha estado.
Es una tierra de negros
muy finos y bien portados,
que tienen emperador.

PEPA. ¿Negro?
MOR. Como el humo.—¿Estamos?
Pues el tal tiene una hija
asi, de unos veinte años,
que vista en facha, de *popa*,
le pega al demonio un chasco.
Con unos ojos... y un cutis...
y un andar voltejeando...
PEPA. ¿Negra?
MOR. Una faltilla tiene,
—como todos—que á su lado
el padre que es alquitran,
parece un mocito blanco.
PEPA. ¡Jesus!
MOR. Estaba yo un dia
en el muelle traginando,
cuando veo una carroza
tirada por seis caballos,
¡que corrian!... Mas que un coche
por seis ratones tirado,
que llevára en el pescante
en vez de cochero un gato.
PEPA. ¡Andaluz!
MOR. —Seria menos.—
Pues cate usted que en llegando,
que llegó al muelle, se pára,
y con salero de un salto
baja una moza... —La hija
de don Faustino.—Reparo
asi por detras, y digo...
le dije... su aquel mirando...
«¡Ay, salerosa, quién fuera
la suela de tus zapatos!»
Se me vuelve la princesa
y dijo, me dice: «Banco,
tú á mí jaces gacia mucha.»
—Que decir quiere en cristiano.—
«Estoy pasando fatigas,
mocito, por tus pedazos.»
Echa á andar y yo detras,
—al socaire.—Ella á su paso
se iba llevando de calle (Juntando los dedos.)

los negros asi. Pues vamos
á que yo diciendo cosas,
y su alteza contestando
con aquella media lengua,
nos fuimos hasta palacio,
y allí se formó la guardia
y la marcha real tocaron
en negro, y ella se entró
el ojo izquierdo guiñando,
y salió al balcon, y yo
busqué alli junto un guitarro,
y le canté unas playeras,
y ella contestó en un tango,
que ni en los cielos divinos
se oye un cantar mas gitano.

PEPA. ¡Jesus!

MOR. Pues para abreviar.
A la semana un mulato,
que era... yo no sé qué era,
me trajo un papel morado
con flechas y corazon
que decia asi: «Hombe banco,
si mandar morenos quieres,
sácame por el vicario.»

PEPA. Já, já.... (Riendo.)

MOR. ¿No? Lo verás. ¿Dónde?...
(Haciendo como que busca el papel.)
lo habré perdido? ¡Ah, ya caigo!
Si lo gasté antes de ayer,
qué cabeza, en un cigarro.

PEPA. ¿Y qué?

MOR. ¿Qué? Que yo no quise
ser rey, por venir intacto
á ver á usté. ¿Se vá usté
ya de quien soy enterando?

PEPA. ¡Ya! Porque era negra.

MOR. ¡Cá!...
Si despues me han enterado
que asi que se vió sin mí,
empezó á llorar gritando:
«¡Que yo quiero á mi banquito,
que me taigan á mi banco!»

Y como yo no volvia,
soltó aquella pobre el trapo
á llorar tan sin consuelo,
y ha llorado tanto y tanto,
que se ha desteñido toda
y aquella cara es de mármol.

PEPA. Tan bueno es Pedro...

MOR. ¿Qué Pedro,
Josefita, ni qué Pablo?

PEPA. Pues, como su compañero.

MOR. ¿Su compañero?

PEPA. Su amo.

MOR. ¿Qué tiene el amo?

PEPA. Ya es bueno.

MOR. ¿Pues el capitan es malo?

PEPA. ¿No ha visto usted cómo mira?...

MOR. ¿A quién? Yo no he reparado...

PEPA. A la señorita Cármen.

MOR. ¡Ah, si! ¡Si hablára usted claro!...
Pues oye: yo lo conozco.
Cuando él mira asi por bajo
á lo culebra... y parece
que su mercé mira al plato...
no es al plato... no. Es que está
el abordaje ideando.

PEPA. ¿Cómo?

MOR. Como yo quisiera
(Dando algunos pasos hácia ella.)
y tú no, y está en tu mano.
¡Ay, Pepilla, quién á bordo
te tuviera de este barco!

PEPA. Oiga usted, señor Morales,
usted ¿por quién me ha tomado?

MOR. «¿Señor Morales?...» Señora,
perdone usté. Creí.... vamos.
Nada hay perdido.—Una vez
que dimos fondo en Macao,
(Como asaltado por una idea.)
verá usté, fuimos á tierra,
y yendo yo por el campo,
iba mirando la copa
de un vignonio,—que es un árbol.—

Pues señor, alargo el cuello
y me veo á un pajarraco
con plumas verdes y azules
y un pico engarabitado,
que la verdad, doña Pepa,
daba miedo de mirarlo.
Pues señor,—me dije yo.—
Si lo pillo y me lo guardo,
lo menos vale una onza
en Cádiz ese espantajo.
Pues cojo, y poquito á poco,
voy trepando, voy trepando,
y en el punto en que iba ya
á echarle encima la mano,
se vuelve y abre aquel pico
y dijo: «¡*Caramba*!» Salto,
y echándome mano al gorro
le digo con mucho agrado:
«Dispense usté, caballero,
me creí que era usté un pájaro.»
(Con mucha intencion. Saluda y se marcha rápidamente por la puerta izquierda del foro.)

PEPA. ¡Cómo! ¿A mí?... ¡Oiga usté, oiga usté!
(Fuera de sí y dirigiéndose á la puerta por donde se marchó Morales y gritando.)

ESCENA II.

PEPA.—D. DIEGO, LUIS. Salen por el foro derecha

DIEGO. ¡Chica! ¿Qué estás ahí gritando?
PEPA. Es que... (Muy cortada y bajando los ojos.)
DIEGO. Bueno. No es reñirte.
Anda. Avisa que aqui estamos
á las señoras.—Don Luis,
(Váse Pepa por la puerta izquierda.)
siéntese usted sin reparo.
Nada de cumplidos. Yo
soy hombre que no los gasto.
CAR. ¡Ah!... (Saliendo y al ver á Luis.)
DIEGO. (Al ver á Cármen.)
(¡Hola!) Y en prueba de ello

voy á leer aqui un rato.
(Toma un libro y se vá á sentar junto al balcon.)
¿Ahí estás?... Jé... Hazme el favor
de entretener á Fajardo. (Con cierta intencion.)

ESCENA III.

D. DIEGO, LUIS.—CÁRMEN.

LUIS. Cármen!
(Muy bajo y con mucho fuego.)
CAR. ¡Qué felicidad! (Id.)
LUIS. Nos dejan hablar,
CAR. ¡Luis mio!
—Siéntese usted.—¿Vé usted, tio?
(Alto y disimulando.)
DIEGO. ¡Mucho!—Una incomodidad
(Lo primero con intencion.)
voy á daros.—¡Tantas traigo
dadas!... Mas lo necesito.
Hablen ustedes bajito,
(Con la jovialidad de siempre.)
porque si no, me distraigo.
CAR. ¡Bien!...
DIEGO. Gracias, quitapesares. (A Cármen.)
«*El libro de...*» (Leyendo.)
CAR. ¡Qué alegria!
(A Luis muy bajito.)
DIEGO. *Los cantares*.»
LUIS. ¡Cármen mia!
DIEGO. Estos son otros cantares.
(Mirando á los muchachos.)
CAR. Díme algo.
LUIS. No, no, tú.
CAR. ¿Yo?...
Una cosa tengo pronta,
mas temo parecer tonta.
Es siempre la misma,
LUIS. ¡Oh!...
Dila. (Con arrebato.)
CAR. No, te vá á cansar.
LUIS. ¿Y por qué?

CAR. Porque aunque es nueva
siempre para mí, ya lleva
mucha fecha.

DIEGO. ¡Buen cantar!

CAR. ¡Eh! (*Volviéndose sobresaltada.*)

DIEGO. ¡Nada!... Una poesia
que la leo y la releo,
y... ¡nada! Siempre deseo
leerla.—Sigo, hija mia.

CAR. ¡Te quiero! Esto es para mí (*Bajo.*)
lo que los versos del tio.
—¿Y tú?

LUIS. ¡Yo?... (*Sonriéndose.*)

CAR. ¿Tú no, Luis mio?

LUIS. ¡Oh, si!

CAR. ¿Mucho?

LUIS. Mucho.

CAR. ¿Si?
Pues no lo conozco en nada.
Me diste ayer un pesar...

LUIS. ¡Yo, Cármen!

CAR. Debiera estar
contigo muy enfadada.

LUIS. ¿Tú?...

CAR. No; no lo estoy. No sé. (*Con rapidez.*)

LUIS. ¿Pero por qué?

CAR. ¿Te lo digo?

LUIS. Todo.

CAR. ¡Hortensia está contigo
que ya, ya!

LUIS. ¿Pero por qué?

CAR. Por la ocurrencia maldita
de las moscas y el panal.
—De veras, has hecho mal.—
Y cuando se necesita
como ahora, de unos y de otros...
Ella manda en mí, y ya ves
si hay motivo... Ha sido y es
siempre buena con nosotros.

LUIS. Es muy cierto: fué un capricho
de artista: por acertar
su carácter á pintar...

CAR. Eso es lo que yo le he dicho.
LUIS. ¿Y qué podria yo hacer
ya que tanto la he enojado?
CAR. Yo no sé.
LUIS. ¿Es mucho el enfado?
CAR. Habla de eso desde ayer.
Y aun hay mas...
DIEGO. Hablad bajito.
CAR. Si, tio, si.
LUIS. —¿Mas? Dí, dí. (Muy bajo.)
CAR. Voy. Siempre que habla de tí
dice: «Ese caballerito.»
LUIS. ¡Malo!
CAR. —Pero mira, mira,
dejemos á Hortensia ya,
que el tiempo es poco y se vá.
LUIS. ¡Oh! me parece mentira
que puedo hablar; y á no ser
por el trance en que nos vemos...
CAR. Eso ya lo arreglaremos:
¿qué ibas á decir? A ver.
LUIS. ¡Que te amo! Que en contemplar
esa sonrisa hechicera
pasara mi vida entera.
CAR. ¿Se acabó? Vuelve á empezar.
LUIS. Cada frase que se escapa
á tu boca y á mí llega,
mas me enloquece y me ciega.
CAR. Dime, ¿y te parezco guapa?
DIEGO. ¡Jem, jem! (Tosiendo.)
CAR. (Alto.) ¡Ah! pues si, señor,
de usted fué. Lo he visto escrito.
(Alto y fingiendo que hablan de otra cosa.)
DIEGO. Bajito, por Dios, bajito,
que ahora estoy en lo mejor.
CAR. —¿Si?
(Muy bajo y continuando la conversacion anterior.)
LUIS. ¿No lo sabes?
CAR. No.
LUIS. Si,
mas que todas las mujeres;
mas quizás de lo que eres.

CAR. Me vuelves loca.

LUIS. ¡Y tú á mí!

DIEGO. «Niña, palabras dulces
no te seduzcan, (Leyendo.)
pues en el Diccionario
las hay de azucar.
Préndate de hechos,
pues en el Diccionario
no se hallan esos.»[1]
¡Es mucho Trueba!

CAR. ¿Lo ves? (A Luis.)
Hechos mi amor necesita.

LUIS. Cuantos quieras.

ESCENA IV.

DICHOS, — HORTENSIA.

HORT. ¿Carmencita?...
¿Señor don Luis?... (Saludándole con frialdad.)

LUIS. A los piés... (Cortado.)

HORT. Fajardo es como de casa,
y te habrá de dispensar.
Anda, niña, anda y vé á dar
tu leccion, que el tiempo pasa.

CAR. Pero...

DIEGO. ¿Buscas dilacion,
holgazana? No en mis dias.
(Siempre con la misma jovialidad.)
Quiero oir tus melodias.
Vámonos á dar leccion.
(Ofreciéndole el brazo. Cármen mira tristemente á Luis, y se van por la izquierda.)

ESCENA V.

LUIS, HONTENSIA.

HORT. ¿Cármen, dónde estaba?

---

[1] Antonio de Trueba. «El libro de los cantares.»

(A Luis, que sigue muy cortado.)

LUIS. Ahí.

(Señalando el sitio donde estuvo sentada. Hortensia se sienta en él.)

HORT. ¿No me guarda usted rencor?

LUIS. ¡Yo, señora!

(Como quien oye lo contrario de lo que debe oir.)

HORT. Si, señor.

LUIS. Ninguno. (Sonriéndose.)

HORT. Vamos, que sí.
El cambio á usted no conviene,
y á mí me achaca ese mal.
¿Mas qué he de hacer? Cada cual
no dá mas que lo que tiene.

LUIS. Pero, señora...

HORT. ¿De pie?

(Señalàndole el sitio en que estuvo sentado.)

¿Dura, Fajardo, el enfado?
Si á Carmela le he robado,
yo me justificaré. (Hace que se siente.)

LUIS. Mas...

HORT. Está su educacion
á mi cargo, y segun veo,
si yo no la aguijoneo
no dá nunca una leccion.
Que goce y brille es mi encanto,
y asi todo se concilia.
¡Una madre de familia
(Con graciosa gazmoñeria.)
tiene que pensar en tanto!

LUIS. Hortensia...

HORT. ¿Me sinceré?

LUIS. Si yo en el cambio perdiera
que «*si*,» señora, dijera.
Mas como aqui no hay de que...

HORT. ¡Fajardo! que no es el nardo
la dalia! que no pedia
á usté una galanteria!
¡que tengo canas, Fajardo!
(Con entonacion trágica.)

LUIS. Eso .. (Como dudándolo)

HORT. ¿Va usté á ser conmigo

galante? ¿No puede darme
el placer de no adularme?
¿No quiere usté ser mi amigo?

LUIS. ¡Oh! si.

(Estrechando la mano que Hortensia le presenta.)

HORT. Pues si ha de anudar
tan dulce lazo á los dos,
no me trate usted por Dios
como á una mujer vulgar.

LUIS. Nunca he creido...

HORT. ¿Otra vez?
Verdadera contricion
ó no doy absolucion.
Más franqueza y sencillez.

LUIS. Pero si...

HORT. ¡Si que ha creido!
¡Si es preciso! Vamos, vamos.
Lo que vemos y tocamos,
lo que por ojos y oido
á nosotros llega, ¿cómo
si se escucha y si se vé,
cómo, *Luis*, dígame usté, (Marcándolo mucho.)
se duda ni por asomo?
Yo aparezco asi. Ligera,
frívola, con vanidad,
hasta coqueta... Es verdad...
Esto soy para cualquiera,
y esto para usted he sido. (Movimiento de Luis.)
—No niegue usté que me enfado.—
Asi á usté me he presentado,
y asi usté me ha conocido.
Pero yo no soy asi,
yo en eso goces no encuentro.
Hay, *Luis*, un algo aqui dentro
que yo guardo para mí.
El mundo se reiria (Con fingido sentimiento.)
si esto oyera á la coqueta;
—el mundo llama poeta
al que vende poesia.
(Con desprecio é indignacion.)

LUIS. ¡Es verdad!

HORT. Y de la poca

que de cuanta Dios vertió
á mí en parte me tocó...
soy una avara tan loca,
que poseyendo oro puro
doy cobre por no gastarla,
y no hallo para guardarla
un sitio bastante oscuro.

LUIS. Mas...

HORT. No se ven cada dia
colores...—y usted perdone.—

LUIS. Yo... (Hortensia sigue hablando.)

HORT. ¿Qué la luz descompone?
Pues asi es la poesia.
Esencia rica y preciada
de oriental planta aromosa,
es fragante, es deliciosa
dentro del pomo encerrada.
Ábrelo mano cruel,
de aspirarla con anhelo.
¡La poesia, hija del cielo,
se evapora y sube á él!

LUIS. Hortensia, está usted diciendo (Con exaltacion.)
cosas que á ninguna oí,
que me conmueven, que aqui
años há que estan bullendo. (En la frente.)
La he juzgado á usted muy mal;
(Con vehemencia.)
y aunque en conocerla tardo,
si usted me escucha...

HORT. ¡Ay, Fajardo,
cuidado con el panal!
(Con trágica y juguetona expresion.)

LUIS. ¿Aun recuerda usted? (Desconcertado.)

HORT. No, no.
Fué una chanza, aunque indiscreta,
un resabio de coqueta.

LUIS. Fajardo usted me llamó,
y si mal no la escuché,
—que ser puede ¡tal estaba!—
Luis há poco me llamaba.

HORT. Pues... *Luis*! perdóneme usté.

LUIS. ¡Gracias!

HORT. Fué una distraccion:
un amigo es mas que un hombre
y hasta en la cuestion de nombre,
hay que hacer la distincion.
Pero hoy estoy... yo no sé,
—porque el motivo no es nada—
me siento tan disgustada...

LUIS. ¿Y por qué, Hortensia, ¿por qué?
(Cariñosamente.)

HORT. Nada: es una tonteria
que no merece la pena...
y es al caso tan ajena...

LUIS. Yo pensé que merecia...

HORT. ¡Oh!... no vaya usté á pensar
que es algo importante, y que
lo oculto.—Recuerda usté...
—usté qué ha de recordar.—
—Siempre á ustedes los juzgamos
por lo que una misma siente.
Estas cosas solamente
las mujeres las miramos.—
¿Recuerda usté un collarito
de oro, esmalte azul de cielo,
con un broche guarda-pelo
muy pequeño y muy bonito
que antes llevaba Carmela?

LUIS. (¡Carmela!)
(Como que la habia olvidado á su pesar.)

HORT. ¡Frivolidades!
(Despues de haber mirado fijamente á Luis.)
Esas exterioridades
de amorcillos de la escuela.

LUIS. (¡Oh!)

HORT. Bien.—Yo se lo veia,
y aunque en rigor mi deber
era hacerle conocer
que en llevarlo mal hacia,
como en queriendo una es sorda
y eso era tan inocente,
como dicen vulgarmente,
hacia la vista gorda.
—Ay, perdone usté.—

LUIS. ¿Por qué?

HORT. Porque aunque de ello no trato,
quizás le he dado un mal rato.

LUIS. ¿A mí?

HORT. ¡Disimule usté!
Ese collarito—es obvio,
y no infundada recelo
si se atiende al guarda-pelo,—
que se lo ha dado algun novio;
y aun cuando á mí no me alarmen
esas cosas... Claramente:
á usted es muy diferente,
porque gusta *algo* de Cármen;
y aunque esto no es en su oprobio
ni quita ni pone nada,
de fijo á usted no le agrada
el saber que tiene novio.

LUIS. ¿A mí?

HORT. —Eso va en pareceres.—
Como la alhaja es bonita,
la curiosidad maldita
que tenemos las mujeres,
de que exenta no me encuentro,
me hizo viéndola dormir
querer el secreto abrir
por ver qué tenia dentro.
—¡Con esto estoy desde anoche!...
que vamos, no sé, no sé.—
Sin duda fuerte apreté...

LUIS. ¿Y qué?

HORT. ¿Qué? que saltó el broche.

LUIS. Y eso...

HORT. De alhajas mas ricas
no cuidara... ¡Mas la infancia!...
¡No sabe usté la importancia
que á estas cosas dan las chicas!

LUIS. ¡Ya! (Sonriéndose.)

HORT. Si, si, si, un mes pasado
—ya sé que asi ha de acabar—
no se acuerda del collar
ni de aquel que se lo ha dado.
(Mirando fijamente á Luis.)

LUIS. (¡Ah!)
HORT. Pero el primer disgusto...
al saberlo tiene un rato...
¡Pues! Y como yo no trato
mas que en darle siempre gusto...
Como que no tiene padre
ni madre la pobre. ¡Oh!...
(Con hipócrita coqueteria.)
¡Vamos, y como que yo
la quiero como una madre!...
LUIS. ¡Hortensia! yo las melosas
lisonjas suprimiré,
pues lo manda; pero usté
no ha de decir esas cosas.
¡Usted su madre! Concedo
que es mas graciosa, mas bella.
Pero usté es jóven cual ella,
y eso pasarlo no puedo.
En ese alma celestial
(Con fuego creciente.)
guarda usted lo que aqui guardo;
y esa juventud!...
HORT. (Riendo.) ¡Fajardo,
cuidado con el panal!
LUIS. ¡Hortensia!...
(Queriendo disculpar su emocion.)
HORT. De la memoria
pronto esa idea se irá.
—Conque he contado á usted ya
de mi disgusto la historia.
LUIS. Pues... cortar puedo esos males.
HORT. ¡Oh!... lo dudo.
LUIS. En ello insisto,
porque—*casualmente*—he visto
otros collares iguales.
HORT. ¿Y el pelo?—Abrí de repente
y cayó... (Con afectada ingenuidad.)
LUIS. Lo habrá.
HORT. Un abismo
es usté.—Pero... ¿del mismo?
(Afectando asombro.)
LUIS. Del mismo. Si.

HORT. (Maliciosamente.) ¿*Ca...sual...mente*?
LUIS. ¡Hortensia!... (Como diciendo «nos entendemos.»)
HORT. Señor artista,
eso ya, aqui entre los dos,
es ser mago.
LUIS. ¿Voy?...
HORT. Adios.
(Tendiéndole la mano y saludándolo.)
CÉSAR. ¡Hola!... señor fabulista.
(Apareciendo en el foro.)

ESCENA VI.

DICHOS.—CÉSAR.

LUIS. ¡Oh!... (Saludándolo.)
CÉSAR. ¿Se iba usted?
(Mirando alternativamente á Luis y á Hortensia, que tiene cierto aire de triunfo.)
LUIS. Si.
HORT. Le advierto
que espero. (Luis inclina la cabeza.)
CÉSAR. Adios. (Le da la mano.)

ESCENA VII.

HORTENSIA, CÉSAR.

CÉSAR. Di en el quid.
HORT. ¡Primo! (Con aire de triunfo y satisfaccion.)
CÉSAR. Comprendo que el Cid
venciera despues de muerto.
¡Te admiro!
HORT. ¿Y tú?...
CÉSAR. ¡Pist! Ya ves...
como acabo de llegar...
HORT. César, César, á la mar.
No te expongas á un revés.
CÉSAR. ¿Quién sabe?...
HORT. Es tan inminente...
CÉSAR. Yo no opino asi: perdona.
HORT. No mancilles la corona

que ciñe tu altiva frente.

CÉSAR. Tú lo dijiste: aun la ciño.
¡Pues no estás poco orgullosa,
prima, por tan poca cosa!
Por triunfar de... ¡pobre niño!
Dispensa... ¿Dije triunfar?
Fué *lapsus linguæ*, no pulla.
¡Una paloma que arrulla
sin saber mas que arrullar!
¿Y esto es triunfo? Calla, calla,
¿Dónde está aquel fuego sacro?
Tú tomas un simulacro
por verdadera batalla.

HORT. ¿Y tú?

CÉSAR. He pasado revista
á mis *recuerdos*.

HORT. Sospecho
que en vano.

CÉSAR. No.

HORT. ¿Pues qué has hecho?

CÉSAR. Prima, me he hecho fatalista.

HORT. ¡Já, já, já, já!

CÉSAR. ¡Qué pasiones!
¡qué atraso! ¡Quién lo creyera!
Todo, todo degenera.
¡No hay arte, no tradiciones!
Que tibieza en los cariños,
¡cuánto descaro! ¡Qué audacia
tan sin tino y tan sin gracia!
y sobre todo, ¡qué niños!
Dime. Desde que partí
¿qué habeis hecho, prima mia?

HORT Ultimo en tu dinastia,
el imperio acaba en tí.

CÉSAR. ¿Pues qué se hace aqui?

HORT. ¡Se ama!

CÉSAR. ¿Sériamente? (Como escandalizado.)

HORT. Sériamente.

CÉSAR. ¿Conque se siente?

HORT. Se siente.

CÉSAR ¡Conque hay galan! Conque hay dama!

HORT. De tu entrada lo averigua.

Vuelven los tiempos del Cid.

CÉSAR. Pero, hija, esto no es Madrid.
¡Esto es la comedia antigua!

HORT. ¡Justo!

CÉSAR. Yo lo dudé al pronto,
mas .. ¿se cree en el amor?

HORT. A ciegas.

CÉSAR. Pero, señor,
¡el mundo se ha vuelto tonto!

HORT. ¡Entero!

CÉSAR. Antes se decia.
Si, señor, y se juraba,
pero todo el que escuchaba,
que era mentira sabia.
¿Qué es... amor? Rasga estos velos.

HORT. Definicion *joco-tétrica*:
«Una figura geométrica
de dos lados para... lelos.»

CÉSAR ¡Celestial, prima!—A esa uno
mi definicion legal:
«¡Contrato bilateral
que hace de dos tontos... uno!»
¡Y hay quién la cerviz agache!
¡Y no les ponen apodos!

HORT. Es que ese *uno*, son todos.

CÉSAR. Pues serán *hunos* con *ache.*

HORT. Asi esta gente se alegra.

CÉSAR. ¿Pero señor, quién aboga?...
Si eso es ponerse la soga
(Despues de llevarse las manos al cuello)
para que tire la suegra.

HORT. Tornan el olmo y la vid.

CÉSAR. ¡Si!—Desde que no te veo
he dado, prima, un paseo
artístico por Madrid.
Ya no queda ni memoria
de mi tiempo seductor.
Las niñas sueñan «amor,»
mas ellos responden «gloria.»
Y hay trovadores y hay liras
para cantar lo que sienten,
y los mismos que mas mienten

mas creen en sus mentiras.
Chasco se lleva quien trate
de luchar en regla aqui,
la derrota empieza asi
antes que empiece el combate.
Esa niña que despierta
de amor al dulce murmullo,
tierno y fragante capullo,
lozana flor entreabierta,
que antes que el pétalo abra
sueña lo que no presume,
é implora con el perfume
que despide una palabra
que la anime y que la abrase,
sol ardiente de su abril,
que oye ciento, que oye mil,
y no es ninguna esa frase,
¿qué ha de hacer al escuchar
su soñada melodia?
¿Cómo piensa, prima mia,
esa niña en batallar?
—Cuando desde la niñez
el veneno mas aleve
con buen método se bebe
y la dósis cada vez
va aumentando, llega un dia
en que la porcion bastante
á dar la muerte á un jigante,
á un pigmeo mal no haria.
Bien avezada al amor
la niña su influjo doma,
¿mas qué ha de hacer si lo toma
de una vez la pobre flor?
Yo asi, Hortensia, no combato
ni domello un albedrio.
¡Yo mataré en desafio,
mas no haré un asesinato!

HORT. ¡Hipócrita!...

CÉSAR. Esta caduca
nacion hácia atrás avanza,
se hacen planes de enseñanza,
si, pero ya no se educa.

HORT. Permíteme que me alarmen
tus frases, de ellas infiero
dos males.
CÉSAR. ¿Dos?
HORT. El primero
que tienes miedo de Cármen.
CÉSAR. ¡Yo!
HORT. Tú. El segundo... lo guardo.
CÉSAR. Dilo... tras de esto lo tomo
asi.
HORT. El segundo... que como
rendir me has visto á Fajardo
y tú otro tanto no harias
colocado en mi lugar,
quieres el triunfo amenguar
sentando esas teorias.
CÉSAR. ¿Es desafio? (Riendo.)
HORT. Si, pues.
CÉSAR. ¡Pobre niña! Si no ha oido
mas que á ese chico encogido.
—¿Sabe hablar?—
(Cambiando de tono y con extremada soltura.)
HORT. Un si es no es. (Picada.)
CÉSAR. ¿Te ha hecho efecto?
HORT. ¡A mí! ¡Já, já!
¡Quita!—Lo has dicho de un modo...
que me pareciste todo
un celoso.
CÉSAR. ¿Yo? ¡Quizá!
HORT. ¡Já, já!
CÉSAR. Prima, ¿eres mi amiga?
HORT. ¿No he logrado persuadirte
de ello?
CÉSAR. ¿Y oirás sin reirte
todo lo que yo te diga?
HORT. Segun.
CÉSAR. Pues oye formal.
Todo cuanto aqui he encontrado,
es tan pobre, tan menguado,
tan poco espiritual,
que á otro tiempo se me escapa
el alma en pos de un deseo,

y cada vez que te veo,
¡qué sé yo, te hallo mas guapa!

HORT. ¡Jesus, y qué redomado! .. (*Riendo.*)
¿Conque huyendo otros combates
con tus amigos te bates?
Hijo mio, ¿y lo pactado?

CÉSAR. No, si no huyo el desafio.

HORT. César, tú eres caballero
y sabes que á Cármen quiero.

CÉSAR. Confia en mí.

HORT. En tí confio
mucho, si, pero en mí antes.
Comenzará la pelea,
mas en el punto en que vea
síntomas algo alarmantes,
—que no veré,—todo acaba.
No quiero que en este juego
(*Estúdiese con particular cuidado esto.*)
aventure su sosiego.

CÉSAR. Acepto aun con esa traba.

ESCENA VIII.

DICHOS.—CÁRMEN.

CAR. (¡Se fué!)
(*Saliendo por la izquierda y registrando la esc con pesar.*)

HORT. ¡Ah! .. ¿Diste leccion?

CAR. Y no poco me ha costado.
(*Con ingenuidad por la ausencia de Luis.*)

HORT. (¡Te dejo; pero cuidado!) (*A César.*)
—Mira, da conversacion
(*A Cármen como asaltada de una idea.*)
y procura distraer
mientras que vuelvo á *tu tio.*
(*Señalando á César.*)

CAR. ¡Mi tio!
(*Que no comprende y registrando con la vista la escena.*)

HORT. ¿No es primo mio?
(*Señala otra vez á César.*)

CAR. Si.

CÉSAR. (¡Buen golpe!) (Desconcertado.)
HORT. ¡Hasta mas ver!
(Mirando fijamente á César y riéndose.)

ESCENA IX.

CÁRMEN, CÉSAR.

CÉSAR. ¿Carmela?
(Como quien dice «á Roma por todo.»)
CAR. ¿Qué?
CÉSAR. Usted lo oyó.
Aqui la culpa no es mia.
CAR. ¿Culpa?
CÉSAR. Yo no intentaria
molestar á usted.
CAR. No, no.
¡Usted molestarme!
CÉSLR. Si.
—En esa edad seductora
de la vida blanca aurora
—que ya pasó para mí;—
en esaedad de ilusion,
dulce y rosada bonanza,
en que late de esperanza
rico en vida el corazon,
cuando grata no escuchamos
sonar en el alma ardiente
la tierna voz elocuente
de aquel ser con quien soñamos,
agrada un estado asi...
que no es sueño, que no es vela,
eso que en Francia, Carmela,
han llamado *reverí.*
CAR. ¡Yo!...
CÉSAR. ¿No es cierto?
CAR. Sí será.
CÉSAR. ¡En ese sueño de amores
es tan rico de colores
aquel mundo en que se está;
se ven tan bellos querubes;
tantos verjeles fragantes,

hay tan hermosos cambiantes
de luz en aquellas nubes
de nacar y de zafir,
cuya claridad dudosa
deja ver color de rosa
la senda del porvenir,
y sin que esto al pecho abrume
como el aire de la Libia,
una atmósfera tan tibia,
tan cargada de perfume,
que se llega á imaginar
al ser de ese mundo dueño,
que la vida es ese sueño,
que es morir el despertar!

CAR. ¡Si! (Con abandono.)

CÉSAR. ¿No es esto?—Cuando aqui (En el corazon.)
hay sentimiento y ternura,
tambien en la edad madura
hija mia, hay reverí.

CAR. ¿Si? (Rápidamente.)

CÉSAR. ¿Sabe usted con qué
sueño yo siempre, Carmela?
Sueño que soy *duerme-vela*
de una niña—de otra usté.—

CAR. ¡Oh!... (Ruborizándose.)

CÉSAR. De estos sueños de rosas,
¿no hay en su imaginacion?

CAR. Yo...

CÉSAR. ¿No son verdad?

CAR. Sí son. (Como vendiendose.)
¡Mas dice usted unas cosas!... (Muy cortada.)

CÉSAR. ¿Nuevas... (Haciendo que lo duda.)

CAR. Si.

CÉSAR. (Pobre doncel.)
Solo descripciones hice
de su sueño.—¿Él... no las dice?

CAR. ¡Él!

CÉSAR. Él...

CAR. ¿Él?

CÉSAR. ¡Si, vamos, él!

CAR. No sé quién.

CÉSAR. ¡Él! nuestro... amigo.

CAR. Si... no entiendo...
CÉSAR. ¿A qué callar?
¿Hija, vá usté á reservar
sus secretillos conmigo?
Permita usted que me aflija
ese designio insensato.
Si soy el protector nato
de todos los novios, hija.
CAR. ¡Ay! no me queda que ver.
Lo habian á usté pintado
tan otro... (Con candidez.)
CÉSAR. ¿Quién?
CAR. Eso...
CÉSAR. A un lado.
Sé quién. Hombre.
CAR. No, es mujer. (Con rapidez.)
CÉSAR. Pues cual Icaro, esa *Icara*
perdió sus alas aqui.
Sin duda es Hortensia.
CAR. Si.
CÉSAR. ¡Ay qué grandísima pícara! (Escapándosele.)
—Pues ya vé usted... Pero ya
que soñar no la he dejado,
hablemos de él.—Sin cuidado.—
CAR. Me dá una vergüenza...
CÉSAR. ¡Cá!
¡Vergüenza ese amor tan puro
que el mismo cielo bendice!...
¡Quite usted!—Conque él no dice...
CAR. No, no señor. (Con pesar.)
CÉSAR. ¿De seguro? ..
¿Pues para quién se guardó
ese alma de vivo fuego,
que á un *artista* nunca niego?
¿Diga usté?
CAR. Eso digo yo.
CÉSAR. ¿Estamos de acuerdo? (Con gravedad.)
CAR. (Con ingenuidad.) Si.
¡Y hay mas! Eso que siento
y que usted dijo há un momento,
(César afecta muy marcadamente no comprend erlo.)
no solo no se lo oí,

sino que no lo diria
delante de él.

CÉSAR. ¿No? ¿Por qué?

CAR. Porque... yo .. no sé por qué.
Mas temo que se reiria.

CÉSAR. (Sembremos.) ¿Luis? ¿Cómo? ¡A ver!
Reir de cosa tan grave
él. ¡Vamos, usted no sabe
quién es Luis!

CAR. ¡No he de saber!

CÉSAR. Nada: soy su defensor.
Falsos celos no la alarmen.
Sé muy bien, me consta, Cármen,
que á usted sola tiene amor.

CAR. Eso es verdad.

CÉSAR. Pues entonces,
¿quién piensa que reiria
de lo que sentir haria
á los mármoles y bronces?
Usted me engaña. No solo
sus sueños no contradice, (Con exageracion.)
sino que palabras dice
que arder harian al polo.
De aquel alma, ¿creeré
que junto á usted vive en calma?

CAR. Será... que no tiene el alma
que usted piensa. (Jugando con la flor.)

CÉSAR. ¿No? (Sembré.)
De manera que ese hombre
no sabe su amor decir,
ni su sangre siente hervir
cuando usted dice su nombre.
Quien siente aqui la pasion
no calcula á sangre fria,
y al decir un «¡alma mia!»
lanza entero el corazon.
Sin temor de que se parta
con un placer tan divino
de cuanto existe mezquino
en este mundo se aparta.
Y rienda suelta al amor
que ansía el cielo por palacio,

y raudo cruza el espacio
tras de otro mundo mejor.
De otro mundo donde el niño
al nacer de amor delira,
mundo en que todo respira
amor, placeres, cariño.
Y en alas del dulce viento
sin dique á su antojo vuela.
Este es el amor, Carmela.
Asi es como yo lo siento!

CAR. Calle usted... ¡Si él fuera asi!...

CÉSAR. ¿Asi? ¿Cómo?

CAR. Yo no sé. (Sumamente conmovida.)

CESAR. ¿Como quién?

CAR. Yo... Como usted.

CÉSAR. ¿Como yo, Cármen! (Cogí.)

CAR. ¡Oh! ¡Dios! (Ocultando la cabeza entre las manos.)

CÉSAR. (¡Si no hay remision!
(Apartándose y para sí.)
¡Pobres niñas! Si es certero...
¡Cuando oyen el verdadero
(Con cómica gravedad.)
lenguaje de la razon!...)
¡Ah! ¿Carmencita?
(Despues de recoger una flor que se le cae á Cármen, con la que habrá estado jugando antes y despues deshojando.)

CAR. ¿Qué?

CÉSAR. Nada.
Se cayó. ¿Me la dá usté?

CAR. ¿Por qué no? (Con candidez.)

HORT. (Dentro.) ¡Já, já, já!

CESAR. (Al oir las carcajadas.) ¡Eh!

ESCENA X.

DICHOS.—HORTENSIA, D. DIEGO, por el foro izquierda.

HORT. ¡Qué idea tan endiablada!
(Sin poder contener la risa.)
¡Já, já, César... primo!

DIEGO. (Queriéndola contener.) ¡Loca!

HORT. ¡Conspiracion! ¡Contra tí,
contra mí! Já, já, já...
CÉSAR. ¿Si?
HORT. Si... (Riendo.)
DIEGO. ¡Calla! Tienes tan poca
formalidad! Verás cómo
cuando yo se lo confie, (Por César.)
no se rie. (Mucha rapidez.)
HORT. ¡No se rie!
¡Pero si no tiene asomo
de razon!
DIEGO. Nada, esta está... (Id.)
No cree en verdad ninguna.
HORT. Como él. (Por César.)
CÉSAR. Yo creo que hay una!
HORT. ¿Cuál? (Rápidamente.)
CÉSAR. El magnetismo.
(Con gravedad señalándole á Cármen.)
HORT. ¡Ya!
DIEGO. Esa es la mia. ¡Atencion!
Si el fluido segun la ciencia
existe, es la consecuencia...

ESCENA XI.

DICHOS.—MORALES.

MOR. ¡Ahí está el señor don... don...
Cómo es... ¡Virgen del Vármen! [1]
don... don... ¡Vamos! Se me fué...
Finalmente, el novio de...
de la señorita Cármen.
HORT. / DIEGO. ¡Já! (Explosion de risa de todos al ver los apuros de Cármen.)
CAR. ¡Jesus!
CÉSAR. Pícaro, á tí
quién te ha dicho...

---

1 Imágen que se venera en la iglesia parroquial de Dos Hermanas, y á la que, segun la tradicion, debió San Fernando la conquista de Sevilla.

MOR. Ya se vé.
(Riendo maliciosamente.)
Como que ando con usté... (Rie.)

CÉSAR. Anda, anda, vete de aqui.
(Morales sigue riéndose, saluda y se va.)

ESCENA XII.

DICHOS.—D. LUIS.

LUIS. ¿Señoras?

CAR. ¡Oh!
(Vé que Luis da á Hortensia una cajita.)

HORT. Gracias.

DIEGO. ¡Eh! (Volviendo á su asunto.)
Ese *arcano* descubierto
prueba mas y mas mi aserto.

HORT. Mas tio...
(César ha visto el juego de la caja, y la toma de manos de Hortensia, que se la enseña con aire de triunfo.)

DIEGO. Continuaré.
Como á mi edad se desea
verse siempre rodeado
de gente alegre, he pensado...
—Verás tú, verás qué idea.— (A César.)
¿Vosotros os quereis?

CÉSAR. ¡Oh! (Asintiendo.)

DIEGO. Del mundo os cansa el tropel.
Casaos.

HORT.
CÉSAR. (Los dos lanzan una carcajada. César deja la caja sobre el veladorcito que está á su lado.)

CAR. ¿Con ella? (Muy alarmada.)

LUIS. ¿Con él? (Id.)

HORT. ¿Y por qué no?
(Volviéndose rápidamente hácia Cármen y con frialdad. Cármen baja los ojos.)

CÉSAR. ¿Y por qué no?
(El mismo juego con Luis.)

DIEGO. ¿Y por qué no? ¡A lo teatro!
(Cármen ha seguido con la vista la caja, y la coge al dejarla César.)

Os casais el mismo dia;
y haceis la ventura mia,
y sois felices los cuatro.

CAR. (¡Como el mio!!) Yo no...
(Lo primero al abrir la caja viendo el collar: lo segundo con despecho y llorosa.)

DIEGO. (Pasando á su lado.) ¿Qué?

CAR. Soy aun muy jóven. Yo no.
(Como buscando un pretexto.)

CÉSAR. (¿Ves?)
(A Hortensia muy satisfecho.)

DIEGO. ¿Por eso?—¿Y usted?
(A Luis, pasando á su lado.)

LUIS. (Cortado.) Yo...

HORT. (¿Ves?)
(A César, radiante de gozo por su triunfo.)

DIEGO. ¿Y?... (A Hortensia, id.)

HORT. ¡Yo!!

DIEGO. (A César, id.) ¿Y tú?

CÉSAR. (Con horror trágico.) ¡Quite usté!

DIEGO. ¡Jesus!

HORT. (Trágicamente.) ¡Qué idea tan tétrica!

HORT.
CÉSAR. } ¡Casarnos!! (Riendo: el uno se lo dice al otro.)

HORT. ¿Y aquel formal
contrato bilateral?
(Colocándose en actitud trágica: movimiento que imita César.)

CÉSAR. ¡Y la figura geométrica!!
(Riendo y mirándose el uno al otro sin poderse tener de pié. Cármen mira el collar llorosa; Luis se cruza de brazos y deja caer la cabeza sobre el pecho. D. Diego contempla el cuadro y lanza tambien una carcajada. Telon rápido.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion de los actos anteriores. La lámpara de flores del centro se ha sustituido por una elegante araña dorada, cuyas bujías estan encendidas, como tambien las de los candelabros y las arañas de la sala que se vé por la puerta derecha del foro. El espejo de vestir permanece á la izquierda.

ESCENA PRIMERA.

D. DIEGO, MORALES, PEPA.

DIEGO. ¿Está todo listo?
PEPA. Todo.
Un baile mejor dispuesto
no se dá en Madrid.
DIEGO. A ver
si asi logro distraerlos. (Pensativo.)
No sé, no sé qué les pasa.
¡Tienen un humor tan negro!...
PEPA. (¿Y la negra?
(Á Morales que le tiene un jarron donde está colocando flores.)
MOR. Desteñida.)
DIEGO. (Y fracasar mi proyecto... (Paseando y para sí.)
Hombre, si será...) Oye, chico.
MOR. ¿Mi general?
DIEGO. Ven, ven; quiero
que hablemos un rato. Dime.

¿Desde que le estás sirviendo,
nunca has visto tú á tu amo
—no le guardes el secreto—
asi... enamorado?

MOR. ¡Siempre!
Si su merced vive de eso.
Si no le alimenta el pan
ni el agua. Ese es su alimento.

DIEGO. ¡Hombre, quita allá! Esas cosas!...
Amorcillos, galanteos.

MOR. ¿Galanteos? (Recalcando las eses)

DIEGO. ¡Pues! Yo hablo...

MOR. Ya estoy.

DIEGO. De amores mas sérios.

MOR. En la Habana... No, en la Habana
se reia mucho. En Méjico...
—Deje usted que haga memoria.—
Tampoco. En Manila luego...
Yo no sé si fué en Manila,
pero aquello estuvo sério.

DIEGO. ¿Cómo?

MOR. ¡Si hubo mas sablazos!
¡San Benito de Palermo!

DIEGO. Muchacho, ó tú no me entiendes,
ó te haces tonto.

PEPA. Exprofeso.
(Que sigue arreglando las flores.)
Si, señor.

MOR. ¡Doña Pepita!...

DIEGO. ¡Vamos! ¡Vamos! Lo que quiero
saber, es si alguna vez
le has hallado tú dispuesto
á sentar, queriendo á una;
pero de veras, queriendo.

MOR. ¡Ay! no, señor, no, señor.
El amo no toma puerto.
Mientras no hay mas que una... vamos,
sienta el hombre. Pero en viendo
otra mujer... ¡Jesucristo!
¡Calle usted! Suelta sin miedo
aquella máquina...

DIEGO. Si.

Ya estoy. ¿Pero en tanto tiempo
alguna vez no has notado
que pensara en casamiento?

MOR. ¡Jesus!! ¡y lo que usté ha dicho!
Si lo estuviera á usté oyendo!
—Cuando se perdió el *Pizarro*...—
¿Recuerda usencia?

DIEGO. Recuerdo.

MOR. Pues bien. Al dia siguiente
la noticia le trajeron
y... ¿sabe vuesencia cómo
se la escribió á un compañero?
«Fulano, el vapor *Pizarro*,
contrajo ayer casamiento.»

DIEGO. ¡Nada! Es negocio perdido. (Para sí.)

PEPA. ¡Vaya una gracia! (A Morales.)

MOR. ¡Silencio! (Al ver á Luis.)

ESCENA II.

DICHOS.—LUIS.

LUIS. ¿General?...

DIEGO. ¡Señor don Luis?
Tan tempranito! Me alegro.

MOR. (Avisa á la señorita. (A Pepa.)

PEPA. ¿Cómo?

MOR. Tengo yo unos vientos...)
(Señalándole á D. Luis y riéndose maliciosamente. Váse tras Pepa por la puerta izquierda.)

ESCENA III.

D. DIEGO, LUIS.—CÁRMEN, despues.

DIEGO. Y qué tal, ¿se pinta?

LUIS. ¡Pist!
¿qué hemos de hacer? Manchar lienzo.

DIEGO. ¡Hombre, no! ¿Qué tiene usted?

LUIS. ¿Yo? ¿Por qué?

DIEGO. No sé: lo encuentro...

LUIS. Estoy asi...

DIEGO. (Como todos.)
LUIS. ¡Qué sé yo! No sé si el tiempo...
DIEGO. Si, si: el tiempo. (Sonriéndose.)
LUIS. } (¡Oh!)
CAR. } (Cármen se detiene al ver á Luis: este la saluda con timidez.)
LUIS. Señorita...
DIEGO. ¡Jesus, qué linda te has puesto!
CAR. ¡Tio!...
DIEGO. Al verte, á la memoria
se vienen aquellos versos
que hace un mes puso en tu album
mi amigo don Juan Eugenio:
«*Te ví en un baile: me miré al espejo.*
¡Ay, qué rabia me dió de verme viejo![1]
CAR. Por Dios, tio.
DIEGO. ¡Ese Hartzenbusch!
¡Como tiene aquel talento!
CAR. ¿El autor de *Los amantes*
de Teruel?
(Mirando con intencion á Luis.)
DIEGO. Si.
CAR. No me atrevo
á juzgar... pero si yo,
en vez de él, hubiera hecho
el drama...
DIEGO. ¿Tú?
CAR. Yo.—Tendria
un final mas verdadero.
DIEGO. ¿Cómo?
CAR. ¡Morirse de amor!
Ellas, sí... ¡Mas lo que es ellos!...
DIEGO. Señor don Luis, ¿no oye usted?
LUIS. Si, señor. (Sonriéndose.)
DIEGO. Yo á ustedes dejo,
porque ya habrá alguna gente
y estaré faltando. Pero
en mi nombre, hágame usted

---

[1] D. Juan Eugenio Hartzenbusch. En el album de Cármen

el favor, yo se lo ruego,
de hacer que entienda esta niña,
que ese drama no es un cuento,
y que si Hartzenbusch lo hizo,
Hartzenbusch es el maestro,
y hay que bajar la cabeza,
y hay que quitarse el sombrero.
Hable usted, y hasta despues.
Escucha tú, y hasta luego. (Váse.)

ESCENA IV.

LUIS, CÁRMEN. Leve pausa.

LUIS. Oye.
CAR. No, tú lo has querido.
LUIS. Mas escucha.
CAR. Nada, nada.
LUIS. Pero, ¿estás tan enfadada?
CAR. No, si todo ha concluido! (Conmovida.)
LUIS. ¡Tonta! (Cariñosamente.)
CAR. Si, señor, lo fuí..
y es mal que no se remedia.
Hable usted de la comedia,
del autor... de... vamos... si.
LUIS. Es que si á enfadarnos vamos,
tambien tengo yo motivo ..
CAR. ¿Tú?
LUIS. ¡Yo!
CAR. Dílo; yo no esquivo...
LUIS. No, no quiero que riñamos.
CAR. Eso es. Ya no falta nada
Ya puede usté alzar la frente.
Tú estás de todo inocente:
yo de todo estoy culpada.
LUIS. Vamos, Cármen.
CAR. Ya se vé!
usted piensa que soy yo
la de antes: pues no, no, no:
soy muy otra. ¿Y sabe usté
por qué puedo sin sonrojos
tomar parte en esta riña?

Porque ya no soy tan niña;
porque ya he abierto los ojos.

LUIS. Pero si yo he delinquido,
—supongo, que no confieso,—
una falta...

CAR. Si no es eso.
Si tú nunca me has querido.

LUIS. ¿Cómo?

CAR. ¿Para quién guardaste
ese alma de vivo fuego, (Recalcando.)
que á un artista no le niego,
si nunca en mí lo empleaste?
¿Qué palabra entre los dos
de amor ha habido jamás,
sino un «te quiero» y no mas,
y eso casi de por Dios?
¿Esto es querer? ¿Es asi
como los artistas sienten?

LUIS. Si, Cármen, cuando no mienten.
La verdad se guarda aqui.

CAR. Quien siente aqui la pasion
no calcula á sangre fria,
y al decir un «alma mia,»
lanza entero el corazon.

LUIS. Pues si es asi, ¿quién me acusa?

CAR. Quien por fin te ha conocido.

LUIS. ¿Qué frase te he merecido?
Siempre cortada... confusa...
No, de tu ley no me salgo,
aunque la juzgue enojosa.
¿Cuándo me has dicho otra cosa
que no sea «dime algo?»
—Y yo digo:—¿Esto es querer?
¿Para quién tu alma tenia
ese mar de poesia
que encierra toda mujer?

CAR Dime: ¿tú no me has jurado (Rápidamente.)
con tono el mas verdadero
que he sido tu amor primero?

LUIS. Si.

CAR. ¿Si? ¿Pues quién te ha enseñado
eso de la póesia

que ahora echas menos en mí?

LUIS. ¿Y quién te ha enseñado á tí
aquello del «alma mia?»

CAR. ¿Y el collar? ¿Esto es ser fiel?

LUIS. ¿Y esa es causa?

CAR. De amor, no.

LUIS. ¿Y aquel «soy muy jóven yo?»

CAR. Y el «¡con ella!»
(Imitando el tono en que lo dijo Luis en el final segundo.)

LUIS. Y el «¡con él!» (Id.)

CAR. Se acabó. Si ahora supones (Casi llorando.)
que una sorpresa maldita...
—Adios. A una señorita
no estan bien estas cuestiones.

LUIS. Eso no es contestacion.

CAR. Ni lo que dices tampoco.

LUIS. Pero, Cármen...

CAR. Tú estás loco.

LUIS. Pues vuélveme á la razon.
—Mira, Cármen, la verdad. (Con ingenuidad.)
Hay ademas del cariño,
en el hombre que aun es niño,
amor propio, vanidad.
Cuando una mujer que brilla,
que es por todos admirada
nos mira asi... esa mirada
que á otros cien hombres humilla,
porque á todos nos prefiere,
nos enloquece... y ya ves,
no es porque nos quiera, es
porque sepan que nos quiere.
Pero ese amor pesa y cansa,
porque nada deja aqui. (En el corazon.)

CAR. ¿Y eso te ha pasado?

LUIS. Si.

CAR. ¡Mire usted el agua mansa!

LUIS. Cuando estoy de tí alejado;
cuando la miro y me mira;
ciego corro á esa mentira.
Mas cuando vuelvo á tu lado
y olvido la vanidad

y comienzo á comprenderla,
miro que en satisfacerla
no está la felicidad.

CAR. ¡Ay qué novio me ha tocado!
LUIS. ¿Me perdonas?
CAR. Yo no sé....
LUIS. ¿Mas por qué?
CAR. ¿Por qué? Porque
(Con reticencia picaresca.)
cuando no estés á mi lado...
LUIS. ¿No crees que la razon
alguna vez se nos vá
sin que lo queramos?
CAR. ¡Ah! (Recordando.)
LUIS. Dime, ¿no hay fascinacion?
CAR. Si, si. (Rápidamente.)
LUIS. ¿Y quién no la ha sentido?
CAR. Bien, bien. Mas no lo remuevas. (Rapidez.)
—Si te dijo cosas nuevas
que nunca habias oido...
LUIS. Si, si.
CAR. Si cuadros risueños
de amor ardiente trazó,
y á todas sus frases dió
la música de tus sueños...
¡Ay, Luis! No quiero querer.
Cuando no estés á mi lado
creeré que te me han robado.
LUIS. Gracias Yo sé qué he de hacer. (Con efusion.)
CAR. ¿Vas á ser bueno conmigo?
LUIS. Siempre.
CAR. ¿Y soy yo mas bonita?
LUIS. Que vienen.
(Mirando al foro derecha, por donde sale César.)
CÉSAR. ¡Oh! ¿Carmencita?
¿Hola, está aqui *nuestro* amigo?

ESCENA V.

CARMEN, LUIS.—CÉSAR.

LUIS. ¿Don César?

CÉSAR. Cármen, mi prima
de recibir se ha cansado
sola.

CAR. Pues voy...

CÉSAR. Me ha encargado,
y no espero que me exima
del cargo, que busque á usté
y se la lleve. (Le ofrece el brazo.)

LUIS. Quisiera,
(Rápidamente é interponiéndose.)
si usted tan amable fuera,
aunque enojoso me haré,
que para un asunto urgente
y para mí interesante,
me concediera un instante.

CÉSAR. (¡Ya!) Siendo asi... es diferente.
No podemos ir los dos. (A Cármen.)
Usted solita se irá. (Con intencion.)

LUIS. Usted me dispensará...

CÉSAR. ¡Cá! (¡Celos!)

CAR. Adios. (A César, cortada.)

CÉSAR. Adios. (A Cármen.)

(César mira alternativamente á Cármen y á Luis, como queriendo adivinar en sus semblantes el estado en que se encuentran, hasta que ella desaparece.)

ESCENA VI.

CÉSAR, LUIS.

CÉSAR. Escucho.

LUIS. Creerá usté extraño
lo que á decir voy á usté.

CÉSAR. Extraño... Entre hombres... ¿Por qué?
(Lance.)

LUIS. Hará ya mas de un año...
mucho mas.

CÉSAR. No importan dias.

LUIS. No sigo sin explicarle
el por qué de molestarle.
Mas ello es que hay simpatias, (Con intencion.)
y aunque ahora á nacer empieza

nuestra amistad, le importuno,
porque usted mas que otro alguno
sabe inspirarme franqueza.

CÉSAR. Gracias. (Sin comprender.)

LUIS. Usté habrá notado,
sin duda, que nos queremos
Cármen y yo. (Con impertinencia.)

CÉSAR. ¿Esas tenemos?
No, señor; no he reparado.
(Con afectada naturalidad.)

LUIS. ¡Pues si!
(A toda esta escena se le dará cierta intencion por uno y por otro personaje.)

CÉSAR. ¿Y yo?...
(Quiere decir: «¿Y yo qué tengo que ver con eso?)

LUIS. Perdone usted.
Pedir su mano quisiera,
é iba á rogarle me hiciera
la señalada merced
—si encuentra mi empeño justo—
de llevar mi peticion
á Hortensia. (Movimiento de César.)

CÉSAR. (Ya es comision.)
Si, señor, con mucho gusto. (Dominándose.)
(Asaltado de otra idea.)
Supongo, pues le interesa
tanto como á usted, que habló
á Cármen, y que ella...

LUIS. No.
Quiero darle una sorpresa.

CÉSAR. (¡Ya!)
(Reponiéndose y tomando cierto aire de proteccion.)

LUIS. ¡ Disponga usted de mí... (Dándole la mano.)

CÉSAR. ¡Hombre!...

LUIS. Espero.
(Dirigiéndose á la puerta derecha del foro.)

CÉSAR. Bien. (Se saludan.)

LUIS. ¿Señora?. .
(Al volverse se encuentra con Hortensia, á quien saluda.)

HORT. Voy al momento. (A Luis cariñosamente.)

CÉSAR. (¡Ella ahora!...

¡Cuando sepa!...) (Conteniendo la risa.)

ESCENA VII.

CÉSAR.—HORTENSIA.

HORT. ¿Estás aqui?
¡Gracias á Dios!
CÉSAR. ¿Me buscabas?
HORT. Ha rato.
CÉSAR. ¡Gracias á Dios! (Cómicamente.)
HORT. Fátuo!
CÉSAR. Démoslas los dos.
Cuando ya menos me echabas...
HORT. Es cierto, ¿por qué mentir?
CÉSAR. Eso digo yo, ¿por qué?
HORT. He visto en tí un no sé qué...
un... no lo sé definir:
hay en tí de mí un reflejo...
¿Sabes, aunque no se expresa,
el cariño que profesa
una mujer á su espejo?
CÉSAR. ¿El que enseña ó el que tapa? (Sonriéndose.)
HORT. El que nos dá fé segura.
La dulce voz que murmura:
«¡qué elegante estás! ¡qué guapa!»
«No temas que el tiempo ahuyente
esa turba que te acosa.
Aun seduces por hermosa,
aun puedes alzar la frente.»
Asi en tí, César, me ví,
cuando esas salas corrias.
¿Y sabes qué me decias?
«No pasan años por tí.»
CÉSAR. ¿Tal dije?—Pues acerté.
Cuando ahora en esos salones
respirando adulaciones
reina allí te contemplé,
y altiva te ví pasar
entre el homenaje inmenso,
y la atmósfera de incienso
sin fatiga respirar;

cuando te vi sonreir
desdeñosa, no advirtiendo
que estabas, Hortensia, haciendo
tanto corazon latir,
me dije: entre cien mujeres,
¡entre mil! conoceria
á una reina. Esa seria
la que al oir «¡reina eres!»
entre aplausos que á la brisa
lanzara una turba loca,
vagar dejara en su boca
melancólica sonrisa.
¿No es asi? Solo un poeta,
que al mundo llene de encantos,
no reparará en sus cantos.
Esa gloria tan completa,
que goza sin alcanzarla
todo aquel que piensa y siente,
al pasar junto á su frente
no se atreverá á tocarla.
Solo tú ves sin contento
tu triunfo que el mundo admira.
Solo la rosa no aspira
la esencia que lanza al viento.

HORT. Apaga, apaga, por Dios, (Sonriéndose.)
ese fuego ardiente y fijo.

CÉSAR. ¿Pero no es verdad?

HORT. Pero, hijo, (Id.)
¿no hay pactos entre los dos?

CÉSAR. Bajo la frente, y lo dejo.

HORT. Pues no hiciste poco acopio,
primo mio, de amor propio.

CÉSAR. ¿Yo, Hortensia?

HORT. ¿No eres mi espejo?

CÉSAR. Tú lo dices.

HORT. Tú lo eres;
y me extraña que te asombres.
¿No estás siendo entre los hombres
lo que yo entre las mujeres?

CÉSAR. Es decir que has reparado (Triunfante.)
que hago efecto?

HORT. Si; perdona.

CÉSAR. ¿Conque aun ciño mi corona?
¿Conque no estoy tan cambiado?
HORT. ¿Y yo?—¡Me diste un pavor!...
Mas en mi centro otra vez...
CÉSAR. Saca tú del agua al pez...
HORT. Priva del aire á la flor...
CÉSAR. Es decir que revivimos.
HORT. Si no mienten las historias...
CÉSAR. ¡Cuántos triunfos! ¡qué victorias!...
HORT. ¡Ay, César, qué malos fuimos!
CÉSAR. Otros ha habido mas lerdos.
HORT. Te acuerdas de un dia... ¡Ah!!
CÉSAR. ¡Ay, prima! ¿estaremos ya (Trágicamente.)
en la edad de los recuerdos?
HORT. ¡Es verdad!—No, no, yo no.
CÉSAR. ¿Por qué?
HORT. Yo no he recordado.
Tú eres quien has invocado
los tiempos que fueron.
CÉSAR. ¡Yo!
HORT. Si, si.—De modo que soy,
primo, la misma que fuí.
CÉSAR. Y... «¿aprended flores de mí?»
HORT. ¿Y si mi ayer fuera hoy?
CÉSAR. ¿Conservas aquel poder?... (Dudoso.)
HORT. Cuanto tuve, tanto guardo. (Con seguridad.)
CÉSAR. ¿Y el niño? (Muy bajo.)
HORT. ¡El niño?
CÉSAR. Fajardo.
HORT. ¡Huy! Eso si que es ayer.
CÉSAR. ¿Y si escapa?
HORT. Nada, nada.
CÉSAR. Pues yo temo...
HORT. Dentro un muro
no estaria mas seguro.
CÉSAR. ¿No?—Siéntate.—Es embajada.
(La hace sentar, y se coloca á cierta distancia de pié.)
HORT. ¿Cómo?
CÉSAR. Y yo el embajador,
que humilde respuesta aguardo.
—El señor don Luis Fajardo
nuestro amigo, el gran pintor,

quiere en nuestra parentela
ingresar, si no lo impide
quien puede, y la mano pide
de tu *sobrina* Carmela.

HORT. ¡Oh!—Se emancipa.

(El ¡Oh! es de despecho: lo demas reprimiéndose.)

CÉSAR. Hija mia...
las ideas de ahora... (Riendo.)

HORT. ¡Oh!...
¿Y eso es oficial?

(Haciendo un esfuerzo por sonreirse.)

CÉSAR. Pues no.
Dirigiéndose á la tia...

HORT. Si, si... Pues por mí... Es buen chico;
tiene porvenir...Yo creo (Con mucha frialdad.)
que Cármen gana, y deseo
feliz verla... Aunque no es rico...

CÉSAR. Eso... ¡El arte vale mas!

(Conteniendo la risa.)

HORT. ¡Qué triunfante!—Yo perdí,
mas tú...

CÉSAR. ¿Cármen dirá «*sí*?»

HORT. *Arrogante, moro, estás.*

CÉSAR. Puedo estarlo.

HORT. ¿Esas tenemos?

CÉSAR. La niña! La tengo yo
segura.

HORT. Puede que no.

CÉSAR. Si.

HORT. ¡Oh! ella! Lo veremos. (Viéndola aparecer.)

CÉSAR. Tengo una seguridad...

HORT. ¿Cármen?

ESCENA VIII.

DICHOS, CÁRMEN.

CAR. ¿Qué quiere usted, tia?

(Disimulando su enojo con un falso respeto.)

HORT. ¡Tia!

CÉSAR. —¿No eres prima mia?
Quien siembra, coge.

HORT. Es verdad.
CÉSAR. —Cármen, su *tia* de usté,
pues llega usted tan á punto,
va á hablarle de un grave asunto.
Por lo tanto yo...
(Saludando y retirándose.)
HORT. No. ¡Qué!
Aguarda y oye.
CÉSAR. ¿Procuras!...
HORT. Por lo mismo que es tan grave,
se aconseja quien no sabe
de las personas... *maduras*.
Puede esta necesitar
tus consejos...
CÉSAR. Siendo asi...
Mas como te tiene á tí...
HORT. Nada, no hay nada que hablar.
—Tu buen *tio*, por poder,
y en nombre de Luis Fajardo
tu mano pide.
CAR. ¿Si?
(Con gozo y temor al par.)
CÉSAR. Aguardo
contestacion.
CAR. (¡Qué placer!)
Y usté ha dicho... (Recelosa.)
HORT. Que si quieres...
CAR. ¿Si? (Fuera de si.)
HORT. Tú has de ser la que elija.
CÉSAR. Espero... (Mirando fijamente á Cármen.)
CAR. ¡Ay, Hortensia! ¡Ay, hija!
¡Qué buena, qué buena eres! (Besándola.)
HORT. ¿Lo ves? (Á César.)
CAR. ¡Si lo dije yo!
¡Si mi corazon es fiel!
¡Casarme! (Loca de alegria.)
CÉSAR. ¿Pero con él?
CAR. ¿Y por qué no?
(Con ingenuidad infantil.)
HORT. ¿Y por qué no? (Riendo.)
CÉSAR. ¡Justo! Es tan digno mi amigo...
¡Vaya! Yo celebro...

CAR. ¡Oh! ¿Voy
á decírselo? (A Hortensia.)
HORT. Si.
CAR. Estoy
loca.
(La besa y se vá corriendo por el foro derecha. César al ver la alegria de Cármen se queda muy pensativo. Breve pausa.)

ESCENA IX.

HORTENSIA, CÉSAR. César está sumamente preocupado durante el principio de esta escena, como pensando en distinta cosa de lo que dice.

HORT. ¡Los niños!... ¡Eh! (A César.)
CÉSAR. ¡Digo!
HORT. ¿Y el magnetismo? (Riendo.)
CÉSAR. Hija mia, (Suspirando.)
hay una verdad traidora.
HORT. ¿Cuál?
CÉSAR. Que estas ciencias de ahora
son pura palabreria.
HORT. ¡Mister Hume!
CÉSAR. Farsa pura.
¿Recuerdas tú lo del muro?
¡Estaba yo tan seguro!...
HORT. ¿Y yo? ¡Estaba tan segura!...
CÉSAR. Pues ahí tienes, de estas pasan.
Y yo mismo... Me atraparon.
(Quiere decir: «Y yo mismo vine á pedir su mano.»)
HORT. Nos vencieron.
CÉSAR. Nos burlaron.
HORT. Pero nos vengan, ¡se casan!
CÉSAR. No, no, no. Eso que tú dices
es un dicho muy bonito, (Ensimismado.)
para dicho ó para escrito.
Esos van á ser felices. (Muy conmovido.)
HORT. ¡César! ¿Te pasas? ¿Reniegas?
CÉSAR. No, no, Hortensia; mira, mira. (Aturdido.)
Sé que el amor es mentira.
—Eso creemos.—

HORT. A ciegas.
CÉSAR. Es como la gloria, sí,
humo... Calla... ya lo sé.
Pero...
HORT. Pero...
CÉSAR. Escúchame.
Cuando un loco por ahí
(*Con mucha melancolia.*)
que es el rey en decir dá,
tienen todos compasion,
y volverle á la razon
procuran... Mas yo no, ¡cá!
Si le dura la locura,
rey es y feliz. Es ley:
haz que no se crea rey,
y labras su desventura.
Pues si esos dan en creer
que la mentira es verdad,
¿qué mayor felicidad?
¿qué mas dicha que tener?
HORT. ¡César! (*Reflexiva.*)
CÉSAR. Nada, en esta lidia
ganaron: te lo prevengo.
HORT. ¿Y el ser libres? Yo les tengo...
lástima. (*Procurando disimular.*)
CÉSAR. Pues yo no. ¡Envidia!
(*Con alma, pero muy bajo.*)
—Cuando una noche callada
de esas en el mar tan bellas,
vagaba por las estrellas
intranquila mi mirada;
cuando lejos de este suelo
sobre un mástil reclinado
contemplaba yo extasiado
esa inmensidad del cielo;
en las horas silenciosas
de triste y dulce ternura,
en que la brisa murmura
cien palabras misteriosas;
cuando he dejado vagar
el pensamiento perdido,
lágrimas mias han ido

á mezclarse con el mar.

HORT. ¡Oh!

CÉSAR. Cuando en lejanas zonas
el mar irritado hervia,
y el fiero huracan rugia
entre las trémulas lonas;
cuando mi buque entre bruma,
de un ola en otra arrastrado,
iba á quedar sepultado
bajo montañas de espuma,
he visto desafiar
al hombre el poder divino,
y escuché á mas de un marino
orgulloso blasfemar.
Mas cuando la mar en calma
el *Trafalgar* recorria
al compas de esa armonia
de la mar que arroba el alma;
cuando el inmenso desierto
de ser dejaba infinito
al son de ese alegre grito,
que es todo un poema, «¡puerto!»
al mismo que blasfemar,
he visto al mirar la orilla
humilde hincar la rodilla,
prima, ¡y rezar y llorar! (Con voz seca.)
Y es que de tierras extrañas
al volver con calma ansiosa
iba á abrazar una esposa,
los hijos de sus entrañas.
Es que aquel puerto infecundo
para quien nada esperaba, (Por él mismo.)
padre y madre le guardaba,
era á sus ojos ¡el mundo!
¿No es esto dulce? ¿No es cierto?
(Rápido y con las lágrimas en los ojos.)
Y yo que ¡solo! lo via,
tristemente me decia:
«¿cuándo llegaré á mi puerto?»
(Con desesperacion.)
¡Y como nunca llegaba, (Transicion.)
yo me fingia venturas,

y con mil nuevas locuras
me aturdia, me embriagaba!

HORT. ¡Primo! (*Muy conmovida.*)

CÉSAR. Yo que la sentia
fresca, santa, verdadera
en la mar, en tierra era
¡mercader de poesia!
Y aunque increible parece,
y no lo sé definir,
por vergüenza de sentir
lo que mas nos ennoblece,
de eso que llorar me hacia,
de eso con que deliraba,
con que vivia y soñaba,
de eso mismo me reia.
Mas nunca noche ninguna (*Transicion.*)
en esa vida de abrojos,
al fijar los tristes ojos
sobre la pálida luna,
nunca dejé de decir:
«cuánto de vida daria
porque á esta mirada mia,
que cuanto puedo sentir
de noble y de tierno encierra,
por lágrimas destilada,
respondiera otra mirada
desde un confin de la tierra!»
—Y bajaba á dormitar (*Sumamente conmovido.*)
en mi hamaca desolado,
y me dormia arrullado
por las olas de la mar.

HORT. ¿Y quién te ha dicho, quién, dí,
(*Como fascinada.*)
que esa mirada perdida
no iba á quedar confundida
con otra lanzada aquí?
¿Quién te ha dicho que dos flores
del mismo tallo arrancadas,
y al espacio azul lanzadas
por los vientos destructores,
quién dice que á verdes lomas
el mismo Dios no las guia

donde han de encontrarse un dia
y hacer uno sus aromas?

CÉSAR. Hortensia, ese vago ser, (Rapidísimo.)
de mis sueños dulce gloria,
era la tierna memoria
de un ángel, de una mujer.
¡Al contemplarla tan bella,
que en ella el recuerdo amaba
de mi juventud juzgaba;
pero no era asi, ¡era á ella!
No estoy loco; una pasion
ardiente no me combate;
de dulce ternura late
junto á ella mi corazon.
Prima, yo piso esa palma
falsa; mi ser se redime:
yo tengo esperanza. Dime,
Hortensia, ¿ella tiene alma?

HORT. ¿Cármen?... (Balbuciente.)

CÉSAR. ¡Oh!

HORT. Como has sentido
tanto... (Con voz apenas perceptible.)

CÉSAR. Yo de ella aqui guardo...

HORT. ¿Qué? (Con ansiedad.)

CÉSAR. Lo que tú de Fajardo.
Ni aun mi amor propio está herido.

HORT. El mio... (Rapidez.)

CÉSAR. ¡Di!

HORT. Que lo ultrajen.
(Dejando el fingimiento.)

CÉSAR. ¿Has amado?

HORT. ¡Nunca!

CÉSAR. Toco
á la orilla. (Fuera de sí.)

HORT. ¿Qué haces, loco?

CÉSAR. Beso la adorada imágen
(Besando la mano de Hortensia con frenesí.)
que en mis sueños vi brotar
en tanta noche serena,
hermosa y casta sirena
de entre la espuma del mar. (Repite el beso.)

HORT. ¡César! En todo mi ser

se infiltra una nueva vida.
La imágen vaga y perdida (Con vehemencia.)
de mis sueños de mujer,
la que en mis años mejores
via en mi delirio ardiente
dibujarse vagamente
entre fantásticas flores,
esa que en las nubes ví,
de mi mente se desliza,
toma cuerpo, se realiza,
la siento brotar en tí.
Juntos crecimos los dos;
juzgamos nuestro cariño,
ese puro amor del niño
que emana del mismo Dios.
Siempre hermano te creí,
y eras ya mi amor secreto.
Mi vida tiene un objeto
¡ya sé para qué nací!

CÉSAR. ¿Me amas?
HORT. Mi pecho está lleno
de tu amor y á él se abandona.
CÉSAR. ¡Hortensia!
HORT. Dios nos perdona.
¡César, César, Dios es bueno!

ESCENA X.

DICHOS.—D. DIEGO, CÁRMEN, LUIS.

DIEGO. ¡Estoy loco! (Saliendo.)
CAR. ¡Qué alegría! (A Luis.)
DIEGO. ¿Conque se nos casan! ¡Bien!
HORT. Si..
(Hortensia al ver á Luis, como asaltada de una idea, tira del cordon de la campanilla.)
CÉSAR. Si... Y nosotros tambien.
DIEGO.
CAR. ¿Cómo?
LUIS.

(Pepa aparece en la puerta izquierda al campanillazo, y Morales en la del foro izquierda.

DIEGO. ¡Hijo mio! ¡Hija mia! (Los abraza.)
HORT. Usted lo ha querido asi...
DIEGO. ¡Y vaya si lo he querido!
¿Conque os habeis convertido?
¡Conque caisteis!
(Hortensia habla aparte con Pepa, esta se vá y vuelve con la cajita que dá á Hortensia.)
CÉSAR. Si.
HORT. Si.
DIEGO. ¡Jesus! ¡Qué idea tan tétrica! (Riendo.)
Decidme. ¿Y aquel formal
contrato bilateral?
¿y la figura geométrica?
CÉSAR. ¡Tio!
DIEGO. Si no hay quien no agache
el cuello! Pues ya se vé.
¿Es mentira?
HORT. Calle usté.
Ya somos uno.
DIEGO. Con hache. (Riendo.)
Voy á dar parte... y
(Váse corriendo por el foro derecha.)
HORT. Luis.
LUIS. ¡Oh!...
HORT. Usted sabrá perdonar...
Fué una apuesta. En no ganar
gané mi ventura yo.
Tome usted. (Presentándole la caja.)
CAR. Dáme.
(Interponiéndose rápidamente entre los dos.)
HORT. Haces caso...
No temas, celosa mia.
CÉSAR. Nos vamos á Andalucia. (A Cármen riéndose.)
CAR. Si, si, si, mas por si acaso... (Tirando de él.)
HORT. ¿No somos partes iguales?...
PEPA. (¡Se casan!
(A Morales, que se habrá colocado junto á ella, y cerca de la puerta izquierda.)
MOR. ¡Naufragan, si!
PEPA. ¡Todos, Curro! (Con envidia.)
MOR. ¿Curro, á mí?
(Dándose mucha importancia.)

Señor don Curro Morales.)

DENTRO. ¡Já, já, já!... (En el salon de baile.)

LUIS. ¿Qué es eso? (Dirigiéndose al foro.)

HORT. Nada.
(Estremeciéndose.)

CÉSAR. ¡Que del amor nos reimos,
que al cielo mismo escupimos,
y que en esa carcajada
que al saberse nuestra union
ese mundo nos envia,
está el castigo!

DIEGO. ¡Alegria!
(Saliendo por donde se fué.)
Tengo una satisfaccion...
¡Ves como te hice entender
á fuerza de predicar
que hay venturas que gozar,
que hay verdades que creer!...
¡Si todo asi se concilia!
¡si á esto no hay nada que iguale!
ya verás tú lo que vale (Conmovido.)
el calor de la familia.
¡Cuando se está en el abril,
bien! pero cuando encaneces...
Yo me he casado dos veces
y me casaria mil.
Todo tiene su agridulce...
Mas ese amor, que te inspira
Dios, ¿es mentira?

CÉSAR. Mentira...

HORT.
CÉSAR. } —¡Pero muy dulce! ¡Muy dulce!

FIN DE LA COMEDIA.

LA ESCENA ESPAÑOLA.

OBRAS DRAMÁTICAS

DE

D. LUIS DE EGUILAZ

PERTENECIENTES Á ESTA COLECCION.

Verdades amargas (Tercera edicion).
Alarcon. (Segunda)
Las prohibiciones.
Una broma de Quevedo.
El caballero del milagro.
Una virgen de Murillo (1).
Una aventura de Tirso.
La vergonzosa en Palacio (2).
Mariana la Barlú (Parodia de Adriana).
La vida de Juan Soldado.
La Vaquera de la Finojosa (Tercera edicion).
La llave de oro.
Grazalema.
El esclavo.
El patriarca del Turia.
Las querellas del Rey Sabio.
Mentiras dulces.

(1) En colaboracion con D. Luis Mariano de Larra.
(2) Comedia lírica, música de D. Manuel Fernandez Caballero.

CATALOGO

de las obras Dramáticas y Líricas de la Galeria

EL TEATRO.

ɒo de los años mil...
de antesala
rdo y Eloisa.
ırse á la orilla.
on.
a.
os de odio y amor.
ıos del alma.
despues de la muerte.
ejor cazador..
que quieren las cosas.
es sueño.
a de cuervos.
za de herencias.
, poder y pelucas.
por señas.
é de la letra.
guos y modernos.
está un moso é verdá.

to viaje.
icea, *drama heróic*
la de reinas.
ı la flamenca.
es mal adquiridos.
ısar.

zares y Guevara.
s suyas.
nidades.
o dos gotas de agua.
razon y sin razon.
o se rompen palabras.
spirar con buena suerte.
mes, parientes y amigos.
el diablo á cuchilladas.
ımbres politicas.
rastes.
ina.
os IX y los Hugonotes.
ɔa y castigo.
e y cortijo.

sobrinos contra un tio.
udaces es la fortuna.
hijos sin padre.
rimo Segundo y Quinto.
Sancho el Bravo.
Bernardo de Cabrera.
artistas.
go Corrientes. segunda parte

mor y la moda.
á loca!
mangas de camisa.
que no cae... resbala.
Niño perdido.
Hipócrita.
Cura de aldea.
querer y el rascar....
hombre negro.

El fin de la novela.
El filántropo.
El hijo de tres padres.
Esperanza.
El anillo del Rey.
El caballero feudal.
¡Es un ángel!
Espinas de una flor.
El 5 de agosto.
El escondido y la tapada.
El Licenciado Vidriera.
¡En crisis!!!
El Justicia de Aragon.
El Caballero del milagro.
El Monarca y el Judio.
El rico y el pobre.
El beso de Judas.
Echarse en brazos de Dios.
El alma del Rey Garcia
El afan de tener novio.
El juicio público.
El sitio de Sebastopol.
El todo por el todo.
El gitano, ó el hijo de las Alpujarras.
El que las da las toma.
El camino de presidio.
El honor y el dinero.
El hijo pródigo.
El payaso.
El amor y el interés.
Este cuarto se alquila.
El Patriarca del Turia.
El rey del mundo.
Esposa y mártir.
El pan de cada dia.
El mestizo.
El diablo de Amberes
El ciego.
El ultimo vals de Weber.
El traspaso.
Escenas nocturnas
El laberinto
El gitano aventurero.

Furor parlamentario.
Faltas juveniles.
Flor de un dia.
Flor marchita.
Funesta casualidad.

Grazalema.
Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el ahijado de todo el mundo.
Glorias de España, ó conquista de Lorca
Glorias mundanas.

Historia china.
Hacer cuenta sin la huéspeda.
Herencia de lágrimas.

Honrado y criminal á un tiempo.

Instintos de Alarcon.
Indicios vehementes
Isabel de Médicis.

Jaime el Barbudo.
Juan sin Tierra.
Juan sin Pena.
Jorge el artesano.
Juan Diente.
Julieta y Romeo.

Los Amantes de Chinchon.
Lo mejor de los dados...
Los dos sargentos españoles ó la linda vivandera.
Los dos inseparables.
La pesadilla de un casero.
La hija del rey René.
Los extremos.
Los dedos huéspedes.
Los éxtasis
La posdata de una carta.
Llueven hijos.
La mosquita muerta.
La hidrofobia.
La choza del almadreño.
Los patriotas.
Los Amantes de Teruel.
La verdad en el Espejo.
La Banda de la Condesa.
La Esposa de Sancho el Bravo.
La boda de Quevedo.
La Creacion y el Diluvio.
La Gloria del arte.
La Gitanilla de Madrid.
La Madre de San Fernando.
Las Flores de Don Juan.
Las Apariencias.
Las Guerras civiles.
Lecciones de Amor.
Las dos Reinas.
La libertad de Florencia.
La Archiduquesita.
Las Prohibiciones.
La escuela de los amigos.
La escuela de los perdidos.
La bondad sin la experiencia.
La escala del poder.
Las cuatro estaciones.
La vida de Juan Soldado
Las querellas del Rey Sabio
La oracion de la tarde.
La llave de oro
La Providencia.
Los tres Banqueros.
Las huérfanas de la Caridad.
La cruz en la sepultura.
La ninfa Iris.
La dicha en el bien ajeno.
Los tres amores.
La mujer del pueblo.

Las bodas de Camacho.
La Cruz del misterio.
La pluma y la espada.
La Vaquera de la Finojosa.
La flor del valle.
Los pobres de Madrid.
Libertinaje y pasion.
Libertad en la cadena.
La planta exótica.
La paloma y los halcones.
Las mujeres.
La gratitud y el amor.
¡Llegó en martes!!
La gratitud de un bandido, tercera parte de Diego Corrientes.
La batalla de Covadonga.
La estrella de la esperanza.

Mi mamá.
Mal de ojo.
Mariana Labarlú.
Mucho ruido y pocas nueces.
Martin Zurbano.
Mocedades.
Marta y Maria.
Mentras dulces.

Negro y Blanco.
Ninguno se entiende, ó un hombre tímido.
Nobleza contra nobleza.
No es oro todo lo que reluce.
Nuevo método de buscar marido.

Olimpia.
Ocho mil doscientas mujeres por dos cuartos.

Paco y Manuela.
Pescar á rio revuelto.
Por ella y por él.
Por una hija!...
Propósito de enmienda.
Para heridas las de honor, ó el desagravio del Cid.
Por la puerta del jardin
Poderoso caballero es D. Dinero.
Por la boca muere el pez.
Paco y Manuela.

Quien mucho abarca.
¡Qué suerte la mia!
Quién viv !!
¿Quién es el autor?

Rival y amigo.

Su imágen.
Similia similibus curantur, ó un clavo saca otro clavo.
San Isidro (*Patron de Madrid.*)
Sueños de amor y ambicion.
Sin prueba plena.
Se salvó el honor.

Tales padres, tales hijos
Traidor, inconfeso y mártir.
Trabajar por cuenta ajena.
Todos unos.
Tres damas para un galan.

Un amor á la moda.

Una conjuracion femenin
Un dómine como hay po
Un pollito en calzas priet
Un huesped del otro mun
Una venganza leal.
Una coincidencia alfabet
Una noche en blanco.
Un par de guantes.
Una ráfaga.
Uno de tantos.
Una noche en Trijueque.
Un marido en suerte.
Una leccion reservada.
Una herencia completa.
Un hombre fino.
Una poetisa y su marido
Un dia de prueba.
Una renta vitalicia.
Una llave y un sombrero
Una mentira inocente
Una mujer misteriosa.
Una leccion de córte.
Una falta.
Un paje y un caballero.
Una broma de Quevedo.
Un sí y un no.
Una Vírgen de Murillo.
Una aventura de Tirso.
Una lágrima y un beso.
Una leccion de mundo.
Una mujer de historia.
Un señor de horca y cuch

Ver y no ver.
Verdades amargas

Zamarrilla, ó los bandid serranía de Ronda.

ZARZUELAS.

Angélica y Medoro.
Armas de buena ley.
Aldé.
Azon Vizconti.

Buenas noches, vecino.
Beltran el aventurero.

Claveyina la Gitana.
Cupido y Marte.
Citas, enredos y bromas, ó el carnaval de Madrid.
Cosas de D. Juan.
Cuando ahorcaron á Quevedo.

Don Crisanto, ó el Alcalde proveedor.

El doctrino.
El ensayo de una ópera.
El Grumete.
El calesero y la maja.
El Vizconde.
El perro del hortelano.
El secuestro de un difunto.
El lancero.
El delirio (drama lírico).

El dominó azul.
El mundo á escape.
El novio pasado por agua.
El diablo en el poder.
El esclavo.
El relámpago.
El Vizconde de Letorieres.

Farinelli.

Guerra á muerte.
Giralda.

Juan Lanas.

La litera del Oidor.
La noche de ánimas.
La familia nerviosa, ó el suegro omnibus.
Las bodas de Juanita. (*La música.*)
Los dos Flamantes.
La vergonzosa en palacio
La Dama del Rey.
La Colegiala.
La espada de Bernardo.
La caceria real.

La huérfana.
La Jardinera.
La hija de la Providenci
La Roca negra.
Los jardines del Buen Re
Loco de amor y en la có
Los diamantes de la Cor
La pensionista.

Mateo y Matea.
Mentir á tiempo.
Marina.

Nadie toque á la Reina.

Pedro y Catalina.
Por conquista.

Simon y Judas.

Tres madres para una hi
Tres para una

Un sobrino.
Un dia de reinado.
Un pleito.
Un cocinero.

La Direccion de El Teatro se halla establecida en Madrid, calle del Pez, núm cuarto segundo de la izquierda.